
Alexis Terrero
BEST SELLER
Ebooks de misterio sobre el ocultismo
Novelas ligeras para jóvenes
Terror místico sobrenatural
LA TUMBA PROHIBIDA
¿Y si el mayor secreto de la iglesia estuviese encerrado bajo el Vaticano?
Faro de Tinta

LA TUMBA PROHIBIDA

ALEXIS TERRERO

Copyright © 2026 Alexis Terrero

Autor: Alexis Terrero

Maquetación: Faro de Tinta Servicios Editoriales
Edición: Faro de Tinta Servicios Editoriales
Diseño de Cubierta: Perséfone Imagen y Diseño

Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.
Fecha de edición: Abril de 2026
Depósito Legal:
ISBN:

Para los que sospechan
que algunas verdades
no están perdidas…
sino enterradas.

INDICE

INTRODUCCIÓN
PRÓLOGO
1 | DOS MIL AÑOS DESPUÉS
2 | LAS EXCAVACIONES
3 | EL SARCÓFAGO DE ORO
4 | PRIMERA CAPA
5 | SEGUNDA CAPA
6 | TERCERA CAPA
7 | CUARTA CAPA
8 | EL CUERPO QUE RESPIRA
9 | EL CUERPO QUE NO DEBÍA EXISTIR
10 | LOS PRIMEROS MUERTOS
11 | EL DOCUMENTO OCULTO
12 | EL SACERDOTE
13 | EL FUEGO EN LA PLAZA
14 | LAS GRABACIONES NOCTURNAS
15 | EL SEGUNDO DOCUMENTO
16 | EL PRIMER MOVIMIENTO
17 | LOS ARCHIVOS PROHIBIDOS
18 | EL EVANGELIO PERDIDO
19 | LA ADVERTENCIA DE LOS APÓSTOLES
20 | EL DESPERTAR
21 | LA PRIMERA CONVERSACIÓN
22 | EL DESCANSO DEL DURMIENTE
23 | EL OBSERVADOR
24 | LAS MENTES ABIERTAS
25 | LA MEMORIA DEL ABISMO
26 | LA VERDAD

27 | EPILOGO
ACERCA DEL AUTOR

INTRODUCCIÓN

Querido lector:

Hay libros que se leen.

Y hay libros que te atrapan desde la primera línea con la certeza inquietante de que encierran algo más. Algo que no solo quiere ser contado, sino revelado poco a poco, con la precisión de quien domina el arte del misterio y conoce el valor exacto de cada silencio.

Eso es lo que ocurre con la escritura de Alexis Terrero.

Quienes me conocen saben que vivo rodeada de historias. Las leo, las trabajo, las acompaño y las defiendo con la convicción de quien ama profundamente la literatura. Y precisamente por eso, cuando una pluma me conmueve de verdad, lo reconozco enseguida. No solo por su calidad narrativa, sino por algo mucho más difícil de encontrar: una voz propia, firme, envolvente, capaz de sostener atmósferas, tensiones y emociones sin perder nunca el pulso.

Alexis Terrero posee esa clase de voz.

La suya es una escritura sólida, elegante y profundamente eficaz. Una narrativa que no necesita artificios excesivos para atrapar, porque sabe hacerlo con lo más importante: ritmo, inteligencia, sensibilidad y una capacidad admirable para construir inquietud. Cada escena parece colocada con precisión; cada palabra, elegida con intención; cada página, pensada para arrastrar al lector un poco más adentro.

Y esa es una virtud extraordinaria.

Como farera de tinta —nombre que tantos autores del Faro me han regalado con cariño—, he aprendido a reconocer ciertas luces. No hablo de las que deslumbran un instante y se apagan. Hablo de las que permanecen. De las que tienen identidad, fuerza y verdad. La pluma de Alexis es una de ellas.

Porque no se limita a narrar: crea atmósferas, abre grietas, siembra preguntas. Y ahí reside buena parte de su grandeza. En su forma de tensar la historia sin precipitarla. En su manera de llevar al lector hasta el borde de algo oscuro y obligarlo, casi sin darse cuenta, a seguir avanzando.

No es fácil encontrar una voz que combine con tanta naturalidad calidad literaria, tensión narrativa y personalidad propia.

Por eso este prólogo no pretende adelantarte demasiado. Sería injusto. Las historias que merecen la pena deben desplegarse a su tiempo. Solo quiero decirte, antes de que entres, que estás a punto de cruzar el umbral de una obra escrita por una pluma poderosa. Una de esas que no se limitan a entretener, sino que dejan huella.

Así que pasa.

Pero hazlo sabiendo que hay autores que cuentan historias… y otros que saben convertirlas en una experiencia.

Alexis Terrero, sin duda, pertenece a los segundos.

María J. Mateos Selma
La Farera de Tinta
Abril, 2026

PRÓLOGO

Jerusalén. Año 33 D.C.

La noche había caído sobre las colinas que rodeaban Jerusalén con una quietud antinatural. El viento se había detenido y las nubes ocultaban completamente las estrellas. Solo el temblor de algunas antorchas iluminaba el pequeño grupo de hombres que avanzaban por el sendero rocoso.

Cuatro de ellos cargaban un cuerpo envuelto en tela.

Nadie hablaba.

El silencio que los rodeaba no era el silencio del duelo. Era el silencio de quienes han visto algo que no deberían haber visto.

Cuando llegaron a la tumba excavada en la roca, dejaron el cuerpo sobre la piedra fría del interior.

La tela estaba empapada de sangre seca.

Las heridas de las manos y los pies seguían abiertas. En el costado, la marca de la lanza romana se veía negra bajo la luz temblorosa de la antorcha.

Durante varios segundos, nadie se atrevió a acercarse.

Finalmente, uno de los hombres habló.

—Está muerto.

Pero su voz no sonaba convencida.

Otro de ellos, de barba oscura y ojos hundidos por el cansancio, negó lentamente.

—No.

Se inclinó sobre el cuerpo y acercó la mano al rostro. Durante un instante no ocurrió nada. Luego sintió algo: un soplo, un leve aliento cálido, tocó la piel de sus dedos.

El hombre se apartó de golpe.

Los demás retrocedieron instintivamente.

—Eso no es posible —dijo uno.

—Los romanos lo vieron morir.

El hombre barbudo levantó la mirada.

En sus ojos había miedo.

—Si descubren que sigue vivo… volverán para terminar el trabajo.

El más joven del grupo miró el rostro del hombre que yacía sobre la piedra.

Durante un instante, creyó ver que los párpados temblaban.

—¿Qué vamos a hacer?

Nadie respondió.

La tumba quedó en silencio.

La respuesta llegó tres días después, cuando el hombre abrió los ojos y habló de cosas que ninguno de ellos podía comprender.

Cosas que no pertenecían al mundo de los vivos. Aquella misma noche tomaron una decisión que cambiaría la historia para siempre.

Sellaron la tumba.

No para protegerlo.

Sino para proteger al mundo.

1 | DOS MIL AÑOS DESPUÉS

A más de treinta metros bajo tierra, el sonido del taladro rompía el silencio de los túneles como un martillo golpeando el interior de una tumba.

Las obras de ampliación avanzaban lentamente bajo los cimientos de la Ciudad del Vaticano. Durante semanas, los obreros habían excavado nuevas galerías que conectaban criptas antiguas con pasadizos modernos.

Cada metro de tierra removida podía revelar algo: restos olvidados, fragmentos de historia enterrados bajo siglos de fe.

Adrián Torres llevaba casi seis horas trabajando cuando sintió que la broca del taladro chocaba contra algo diferente. El cambio fue inmediato. No era la resistencia irregular de la roca ni la dureza quebradiza del ladrillo antiguo. Aquello era liso, compacto, demasiado perfecto.

El ruido del metal contra la superficie resonó en el túnel con un tono grave, hueco.

Adrián soltó el gatillo.

El taladro se apagó.

El silencio que siguió pareció demasiado grande para un espacio tan estrecho.

—Esto no estaba en los planos —murmuró.

Los focos de obra proyectaban sombras temblorosas sobre las paredes de tierra compacta. Otro obrero se acercó y apuntó con su linterna hacia el punto donde la broca había golpeado.

La luz reveló una superficie gris pulida, un bloque perfectamente tallado.

El encargado del equipo se inclinó para observar mejor el contorno.

—Apagad las máquinas.

El túnel quedó en silencio. Durante unos segundos, nadie habló. Solo las linternas exploraban la superficie que emergía de la tierra como la tapa de algo enterrado durante siglos.

—Parece una pared —dijo uno de los hombres.

El encargado negó lentamente.

—No.

Se agachó más.

—Es una puerta.

Comenzaron a retirar la tierra con cuidado, primero con palas pequeñas, luego con cepillos. A medida que avanzaban, la forma se hizo evidente: un rectángulo perfecto encajado en la roca, sellado desde hacía muchísimo tiempo.

Veinte minutos después, llegaron pasos nuevos al túnel. El hombre que apareció vestía sotana negra: el padre Matteo Valli, el sacerdote asignado por el Vaticano para supervisar las excavaciones.

Matteo se acercó lentamente. Sus ojos se detuvieron en el bloque. Durante varios segundos no dijo nada. Luego retiró tierra con los dedos y apareció un símbolo tallado en la piedra.

Una corona… Pero no una corona de reyes, era una corona de espinas.

Las espinas estaban talladas con crudeza, como si quien las hubiera grabado hubiera querido que incluso la piedra recordara el dolor.

Matteo retiró lentamente la mano.

—Abrid la cámara.

Los obreros se miraron entre sí. Nadie preguntó nada. Las palancas se deslizaron en las juntas de piedra. El bloque era más pesado de lo que parecía. Cuando finalmente cedió, el sonido resonó por el túnel como un trueno lejano.

Un soplo de aire antiguo escapó desde el interior. Era frío y tenía un olor metálico.

Cuando las linternas iluminaron la cámara, todos se quedaron en silencio. La estancia era pequeña. Las paredes estaban cubiertas de

inscripciones antiguas.

Pero lo que dominaba el centro de la sala no era la piedra, era el sarcófago tallado en piedra negra y completamente sellado con oro. No una capa… Cuatro.

Cada una cubierta de escritura antigua.

—Dios mío… —susurró uno de los hombres.

El padre Matteo pasó los dedos por las inscripciones.

—Es arameo.

Adrián se acercó.

—¿Qué dice?

El sacerdote tardó unos segundos en responder.

Finalmente, susurró:

—Dice… «No debe despertar».

Entonces, uno de los obreros señaló una grieta minúscula en el sello.

Adrián acercó la linterna. La luz penetró en la abertura. Al principio, solo vio oscuridad. Luego distinguió un rostro humano, la piel intacta, los ojos cerrados, como si estuviera dormido.

Adrián pensó que era una estatua hasta que el pecho del cuerpo se elevó lentamente y volvió a descender.

Adrián retrocedió de golpe.

—Está…

No terminó la frase.

Porque todos lo vieron.

El cuerpo dentro del sarcófago respiraba.

2 | LAS EXCAVACIONES

Las excavaciones comenzaron una mañana gris de otoño, cuando una luz tenue se filtraba apenas por los accesos superiores del subsuelo vaticano. Bajo los cimientos milenarios de la Ciudad del Vaticano, en una zona olvidada y casi borrada de los registros modernos, un pequeño equipo de arqueólogos y obreros se preparaba para iniciar un proyecto que, oficialmente, tenía un propósito sencillo: reforzar y consolidar ciertas estructuras antiguas situadas bajo las galerías más profundas cercanas a la Basílica de San Pedro. Sin embargo, el lugar donde iban a trabajar no aparecía en la mayoría de los planos técnicos contemporáneos. Aquella parte del subsuelo formaba un entramado de corredores, cámaras y pasajes que, a lo largo de casi dos mil años, habían sido ampliados, sellados, reconstruidos o simplemente abandonados por distintas generaciones de constructores.

El Vaticano subterráneo era, en muchos sentidos, una ciudad enterrada. Bajo las grandes cúpulas y las plazas llenas de peregrinos se extendía un mundo de piedra, silencio y memoria. Algunas galerías databan de la época romana; otras habían sido abiertas durante la Edad Media o el Renacimiento. En ciertos puntos, los muros mostraban capas superpuestas de diferentes épocas: ladrillos romanos, bloques medievales, refuerzos modernos de hormigón. Aquella mezcla de tiempos hacía imposible saber con total certeza qué podía encontrarse detrás de algunos de los muros más antiguos.

El proyecto había sido aprobado con una discreción casi absoluta por la administración del Vaticano. No hubo anuncios públicos ni comunicados académicos. La financiación provenía de una comisión privada vinculada directamente al cardenal Vittorio Rinaldi, una figura influyente dentro de la curia que prefería actuar lejos de los

focos. Oficialmente, la operación se presentaba como una intervención técnica destinada a reforzar las estructuras de las galerías profundas cercanas a la Basílica de San Pedro. Sin embargo, desde el primer momento Adrián Torres tuvo la sensación de que aquella explicación no contaba toda la historia.

Adrián era un arqueólogo con una trayectoria sólida en excavaciones vinculadas a contextos religiosos. Había trabajado durante años en lugares cargados de historia y simbolismo: en Jerusalén había participado en excavaciones cerca del Monte de los Olivos; en Estambul había estudiado estructuras bizantinas ocultas bajo barrios modernos; y en Alejandría había colaborado en la documentación de antiguos cementerios cristianos. Estaba acostumbrado a trabajar en lugares donde la historia, la religión y la política se entrelazaban de formas complejas.

Sin embargo, aquello era distinto.

No era únicamente el lugar —excavar bajo uno de los centros espirituales más influyentes del mundo— lo que generaba esa sensación extraña. Era la forma en que todo el proyecto había sido organizado. Los permisos, que en condiciones normales tardarían meses o incluso años en aprobarse, habían sido concedidos con una rapidez inusual. Las zonas consideradas restringidas se ampliaban de forma constante, y a medida que avanzaban los trabajos aparecían nuevos niveles de seguridad.

Incluso los pasillos donde se almacenaban las herramientas estaban vigilados por miembros de la Guardia Suiza.

Ese detalle, en particular, inquietaba a Adrián.

Durante los primeros días, el trabajo avanzó de manera rutinaria. El equipo de obreros retiró capas de tierra compactada y bloques de piedra que llevaban siglos sin ser tocados. Las paredes desprendían humedad y polvo antiguo, y el aire estaba cargado con ese olor inconfundible de los lugares que han permanecido cerrados durante generaciones.

Los hallazgos iniciales eran exactamente los que cabía esperar en un entorno así. Aparecieron fragmentos de cerámica romana, trozos de mosaico deteriorado y restos de antiguos muros que probablemente formaban parte de estructuras funerarias. También

encontraron algunos huesos dispersos, casi siempre pertenecientes a enterramientos muy antiguos que habían sido desplazados por remodelaciones posteriores.

Todo parecía encajar dentro de lo previsible para una excavación arqueológica en Roma.

Hasta la tarde del séptimo día. El cambio comenzó con un sonido. Uno de los obreros manejaba un martillo neumático para retirar una capa especialmente dura de piedra cuando la herramienta golpeó algo distinto. El eco del impacto resonó de forma extraña en la galería.

No era el sonido habitual de la roca, era más profundo, más compacto. El obrero detuvo la máquina de inmediato y miró a sus compañeros. Durante un instante, nadie dijo nada. Luego Adrián se acercó y examinó la zona, iluminándola con su linterna.

—Pararemos aquí —ordenó—. Retiren el resto a mano.

Los obreros comenzaron a apartar la tierra cuidadosamente con palas pequeñas y cepillos. A medida que retiraban la capa de sedimento endurecido por siglos de humedad, empezó a aparecer una superficie de piedra completamente diferente a la del entorno.

Era negra… Negra y extraordinariamente lisa.

Poco a poco se fue revelando la parte superior de un bloque enorme incrustado en el suelo de la galería. No parecía formar parte de la estructura del túnel. Su forma era demasiado regular, demasiado precisa para tratarse de un simple muro.

Adrián se arrodilló junto al borde expuesto y pasó la mano por la superficie cubierta de polvo, y sintió bajo sus dedos la textura de algo tallado. Con cuidado retiró más tierra.

Entonces lo vio con claridad. Había unos grabados con símbolos antiguos. Algunos parecían letras; otros, figuras geométricas o signos que no reconocía de inmediato.

Su corazón comenzó a latir más rápido. En ese momento, una voz rompió el silencio de la galería.

—No sigan con las máquinas.

Todos se giraron.

El que había hablado era el padre Matteo Valli, un sacerdote que llevaba varios días observando los trabajos desde el fondo de la

galería sin intervenir demasiado. Su presencia había sido presentada como una simple supervisión eclesiástica del proyecto, algo relativamente común en excavaciones realizadas en propiedades de la Iglesia.

Pero ahora su expresión era distinta. Avanzó lentamente hacia la estructura, con pasos medidos, como si cada metro que se acercaba confirmara algo que llevaba tiempo sospechando.

Se inclinó sobre la piedra y pasó la mano por la superficie oscura con una calma que resultaba casi inquietante.

Durante unos segundos no dijo nada, y luego levantó la mirada.

—Porque no es un muro —dijo finalmente.

El silencio en la galería se volvió más denso y uno de los obreros frunció el ceño.

—¿Entonces qué es?

El sacerdote mantuvo la mano apoyada sobre la piedra negra e hizo una breve pausa antes de responder.

—Es un sarcófago.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire de la galería.

En ese momento, ninguno de los presentes podía imaginar que acababan de descubrir algo que llevaba enterrado casi dos mil años. Y mucho menos que, tal vez, aquello era precisamente lo que había permanecido oculto durante tanto tiempo por una razón que quizá nunca debió ser revelada.

3 | EL SARCÓFAGO DE ORO

Pasaron casi seis horas de trabajo minucioso antes de que el sarcófago quedara completamente expuesto ante el equipo de excavación. Lo que al principio parecía simplemente un bloque de piedra incrustado en el suelo de la galería resultó ser una estructura monumental. A medida que los obreros retiraban con paciencia la tierra endurecida por siglos de humedad, el objeto revelaba su verdadera dimensión. Era enorme, mucho más grande que cualquier enterramiento que Adrián hubiera visto en excavaciones pertenecientes a aquel periodo histórico.

El sarcófago estaba tallado en una piedra negra de una calidad excepcional. No era una roca común de las canteras cercanas a Roma, y su superficie mostraba un nivel de pulido sorprendente para una obra que, según todas las estimaciones preliminares, podía tener casi dos mil años de antigüedad. Las aristas eran perfectamente rectas, y cada cara del bloque parecía haber sido trabajada con una precisión casi obsesiva.

Cuando finalmente lograron limpiar por completo la superficie, comenzaron a aparecer los grabados.

Al principio se trataba solo de líneas irregulares y formas parcialmente ocultas por restos de sedimento. Pero, conforme los arqueólogos utilizaron cepillos más finos y herramientas de limpieza, los símbolos se volvieron cada vez más visibles. Pronto quedó claro que no se trataba de simples decoraciones funerarias.

Eran inscripciones.

Filas enteras de caracteres cuidadosamente tallados recorrían la superficie de la piedra. Algunos parecían letras; otros adoptaban

formas geométricas o símbolos que ninguno de los presentes podía identificar de inmediato.

Adrián sacó su cámara y comenzó a fotografiar cada sección con atención meticulosa. Ajustó la luz de su linterna para resaltar los relieves y capturar mejor los detalles de las marcas grabadas.

Observó una de las líneas durante varios segundos.

—Esto no es latín —murmuró finalmente.

Su voz resonó suavemente en el espacio cerrado de la galería.

El padre Matteo, que permanecía a pocos metros observando en silencio, negó lentamente con la cabeza.

—No —respondió con calma.

Adrián se inclinó un poco más sobre la piedra. Pasó el dedo con cuidado por una de las inscripciones, siguiendo la forma de los caracteres como si intentara recordar algo que había estudiado muchos años atrás.

Entonces habló de nuevo.

—Es arameo.

El silencio que siguió fue inmediato y pesado. Nadie necesitaba que Adrián explicara la importancia de aquel detalle.

El arameo no era simplemente un idioma antiguo más. En aquel contexto, bajo los cimientos del Vaticano, tenía un peso histórico extraordinario. Era la lengua que se hablaba en la región de Judea durante el siglo I. La lengua cotidiana de comerciantes, campesinos y predicadores en aquella parte del mundo. La lengua que, según la tradición histórica y religiosa, había hablado Jesús de Nazaret.

Durante unos segundos, nadie dijo nada. El aire en la galería parecía haberse vuelto más frío, más denso.

Sin embargo, lo verdaderamente desconcertante todavía estaba por descubrirse.

Después de documentar las inscripciones iniciales, Adrián decidió que debían intentar examinar el interior del sarcófago. Si aquel objeto era realmente un enterramiento antiguo, la tapa debía poder desplazarse o levantarse con el equipo adecuado.

Los obreros colocaron palancas metálicas en varios puntos del borde superior.

Intentaron moverla, pero no ocurrió nada. La tapa no cedió ni un milímetro.

—Debe de estar sellada por el peso —dijo uno de los trabajadores.

Adrián frunció el ceño. Era posible, pero algo en la forma del sarcófago le resultaba extraño. La unión entre la tapa y el resto del bloque parecía demasiado uniforme.

—Retiren el borde exterior —ordenó finalmente—. Quizá haya algún tipo de fijación oculta.

Los obreros comenzaron a retirar cuidadosamente la capa de piedra que rodeaba la tapa. Trabajaron despacio, utilizando herramientas de precisión para evitar dañar las inscripciones.

Entonces ocurrió.

Uno de los hombres se detuvo de golpe.

—Doctor… —dijo con voz baja.

Adrián se acercó.

El trabajador estaba señalando la zona recién descubierta bajo la capa exterior de piedra. Al principio parecía simplemente una superficie metálica oscurecida por el paso del tiempo. Pero, cuando Adrián dirigió la linterna hacia ella, la luz reveló un brillo cálido e inconfundible.

Era oro.

Una lámina gruesa y perfectamente ajustada cubría la estructura interna del sarcófago.

Durante unos segundos, nadie habló.

—Eso… no puede ser —murmuró uno de los arqueólogos asistentes.

Adrián observó la superficie dorada con incredulidad.

El oro en contextos funerarios no era algo completamente inusual en la antigüedad. Sin embargo, la cantidad que parecía utilizarse allí era extraordinaria. Aquella lámina tenía varios milímetros de grosor y encajaba con una precisión casi perfecta dentro de la estructura de piedra.

—Retiren esa capa —dijo finalmente.

El equipo trabajó durante casi otra hora hasta conseguir separarla. Cuando por fin lo lograron, el asombro se transformó en desconcierto.

Debajo de aquella lámina había otra.

Otra capa completa de oro.

Y también estaba cubierta de inscripciones.

Adrián sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Esto es imposible… —susurró alguien.

Pero el trabajo continuó.

Retiraron la segunda lámina.

Debajo apareció una tercera.

Y luego una cuarta.

Cuatro capas completas de oro macizo sellaban el sarcófago.

Cada una de ellas estaba grabada con largas filas de caracteres arameos.

Pero aquellas inscripciones no parecían simples epitafios funerarios.

Tenían otra intención.

Advertencias.

Mensajes escritos con una urgencia extraña, casi desesperada.

Textos que parecían haber sido grabados por alguien que deseaba asegurarse de que aquel sarcófago no fuera abierto jamás. Adrián levantó la linterna y la pasó lentamente sobre las letras de la capa más exterior.

Las sombras resaltaron los surcos profundos de la escritura antigua.

Durante unos segundos observó los símbolos en silencio, traduciéndolos mentalmente palabra por palabra.

Finalmente habló.

Su voz sonó más baja de lo habitual.

—דכאן שכב מי שהלך בין בני אדם...

—Aquí descansa aquel que caminó entre los hombres…

Nadie dijo nada.

El eco de la frase quedó suspendido en el aire inmóvil de la galería subterránea.

Porque en ese instante todos estaban pensando exactamente lo mismo.

Y ninguno de ellos se atrevía a pronunciarlo en voz alta.

Las cuatro capas de oro están grabadas en arameo antiguo. Cada capa funciona como una advertencia diferente.

4 | PRIMERA CAPA

ᚱᛖᛈᛟᛋᚨ ᚲᚨᛗᛁᚾᛟ ᛋᛟᛒᚱᛖ ᛚᚨ ᛏᛁᛖᚱᚱᚨ

Aquí descansa aquel que caminó entre los hombres.

.ᚱᛁᛋᚨ ᛗᚢᚲᛖ ᚺᚨᛒᛚᛟ ᚲᛟᚾ ᚱᛖᚾᛟ ᛞᛖ ᛚᚨ ᛏᛁᛖᚱᚱᚨ

Y habló de un reino que no pertenece a la tierra.

.ᚠᚢᛖ ᚨᛏᚱᚨᚹᛖᛋᚨᛞᛟ ᛈᛟᚱ ᚺᛁᛖᚱᚱᛟ ᚤ ᛖᛋᛈᛁᚾᚨᛋ

Fue atravesado por hierro y espinas,

.ᚤ ᛋᚢ ᛋᚨᚾᚷᚱᛖ ᚲᚨᚤᛟ ᛋᛟᛒᚱᛖ ᛖᛚ ᛈᛟᛚᚹᛟ ᛞᛖᛚ ᛗᚢᚾᛞᛟ

y su sangre cayó sobre el polvo del mundo.

.ᛗᚢᚲᚺᛟᛋ ᛚᛟ ᛚᚨᗰᚨᚱᛟᚾ ᗰᚨᛖᛋᛏᚱᛟ

Muchos lo llamaron maestro.

.ᛟᛏᚱᛟᛋ ᛚᛟ ᛚᚨᗰᚨᚱᛟᚾ ᚺᛁᛃᛟ ᛞᛖ ᛞᛁᛟᛋ

Otros lo llamaron hijo de Dios.

ᚱᚢᛖ ᚾᛁᚾᚷᚢᚾᛟ ᚲᛟᗰᛈᚱᛖᚾᛞᛁᛟ ᚲᛟᗰᛈᛚᛖᛏᚨᗰᛖᚾᛏᛖ ᛚᛟ ᚲᚢᛖ ᚹᛁᛟ

Pero ninguno comprendió completamente lo que vio

.ᚲᚢᚨᚾᛞᛟ ᚲᚱᚢᛉᛟ ᛖᛚ ᚢᗰᛒᚱᚨᛚ ᛞᛖ ᛚᚨ ᗰᚢᛖᚱᛏᛖ

cuando cruzó el umbral de la muerte.

5 | SEGUNDA CAPA

«גופיה נפל בקברא,

«Su cuerpo cayó en la tumba,

אבל רוחיה לא עזבת מן בשרא.

pero su aliento no abandonó la carne.

תלתא יומין ותלתא ליליא

Durante tres días y tres noches

רוחיה מהלכת היכא דלא יכלין בני אנשא למיהך בתריה.

su espíritu caminó donde los hombres no pueden seguirlo.

כד שוב, עיניה לא חזין על עלמא

Cuando regresó, sus ojos ya no miraban el mundo

כמא דחזין בני מיתיא»

como lo miran los mortales».

6 | TERCERA CAPA

«❖ ᔑᓂᓯᓂᐦᐃᐧᐣ ᓵᓂᒪ ᐋᔨ ᐊᐊᒪ ᒫᓐ ᐊᐊᒪ ᓭᓯᐦᐃᐧᐣ ᓵᓂᔨ

«*Los que lo amaban fueron también los que lo sellaron.*

❖ ᓂᓵᓐ ᐦᐃᑯ ᒪᒪᐦᐣ ᑎᓂᒪ ᐊᓯᓐᐦᐣ

Porque escucharon las palabras que habló después del silencio

❖ ᓂᐊᒪ ᑦᓴᒍ ᓂᒪ ᒪᓭᐦᐣ ᓂᑎᓐᐦᐣ ᐊᑎᐋᐦᐊᓂᐊ

y comprendieron que el mundo aún no estaba preparado.

❖ ᓂᑎᐦᑎᐊ ᓂᐋᐦᑕᑕ ᑎᓂᐱᓂᐊ

Lo durmieron con hierbas y lágrimas

❖ ᓂᑎᐦᑎᐊ ᓂᐃᓂᑕ ᑎᔭᐊᐲ ᐊᐋᔭᐊ»

y cerraron su prisión con piedra y oro»

7 | CUARTA CAPA

-LA ADVERTENCIA FINAL-

***«לא ישבור איש את החותם הזה לפני הזריחה האחרונה*.**

«*Que nadie rompa este sello antes del último amanecer.*

כי כשיעיר הישן

Porque cuando el durmiente despierte

***יזכר את אשר ראה מעבר למוות*.**

recordará aquello que vio más allá de la muerte.

והעולם ידע אמת

Y el mundo conocerá una verdad

אשר שכחו בני אדם»

que los hombres han olvidado».

***מתחת לכל מופיע משפט חרוט בפחות דיוק, כנראה נוסף מאוחר יותר*:**

Debajo de todo aparece una frase grabada con menos precisión, probablemente añadida después:

«סלח לנו»

«*Perdónanos*».

8 | EL CUERPO QUE RESPIRA

Abrir el sarcófago no fue un proceso rápido ni sencillo. De hecho, llevó dos días completos de trabajo continuo, tensión constante y una atención casi obsesiva por cada detalle. Las capas de oro que sellaban el interior no estaban simplemente superpuestas: estaban unidas mediante una técnica antigua que ninguno de los historiadores presentes había visto antes en ningún registro arqueológico conocido.

No había clavos visibles, ni juntas evidentes, ni sistemas mecánicos tradicionales. Cada lámina parecía encajar en la siguiente con una precisión extraordinaria, como si hubiera sido diseñada para permanecer cerrada durante siglos.

Adrián y su equipo trabajaron casi sin descanso.

Cada capa debía retirarse con extremo cuidado para no dañar las inscripciones grabadas en su superficie. Antes de mover una sola pieza, fotografiaban los grabados desde varios ángulos, registraban las dimensiones exactas y tomaban notas detalladas sobre la forma de los caracteres. Las palabras escritas en arameo recorrían el metal dorado en líneas largas y densas, y cuanto más avanzaban en la traducción, más evidente se volvía que aquellos textos no eran simples epitafios.

Había algo en su tono que resultaba inquietante. No describían al difunto, no lo honraban…Lo advertían.

Sin embargo, fue la última capa la que cambió completamente la atmósfera de la cámara subterránea.

Cuando terminaron de limpiar la superficie final de oro, Adrián se inclinó sobre las inscripciones con su cuaderno en la mano. Tardó

varios minutos en descifrar cada palabra con cuidado. El arameo antiguo podía tener variaciones sutiles, y no quería cometer ningún error.

Mientras traducía, su expresión comenzó a endurecerse.

Finalmente habló.

—La inscripción final dice…

Se detuvo un instante, como si necesitara comprobar una vez más lo que estaba leyendo.

—«𐡀𐡋𐡉𐡔𐡀 𐡀𐡇𐡃 𐡐𐡓𐡔 𐡀𐡕𐡌 𐡄𐡃𐡍 𐡀𐡋 𐡀𐡇𐡓𐡍 𐡀𐡋»

—«Que nadie rompa este sello antes del último amanecer».

El eco de la frase quedó suspendido en la galería.

Durante varios segundos nadie dijo nada. El silencio que siguió fue distinto a los anteriores. No era solo expectación arqueológica. Era algo más profundo, una sensación incómoda que se extendía lentamente entre todos los presentes.

Finalmente, uno de los obreros rompió el silencio.

—Eso no suena como una inscripción funeraria —dijo con el ceño fruncido—. Suena más bien… como una advertencia.

Nadie respondió de inmediato.

Adrián miró hacia el padre Matteo.

El sacerdote permanecía de pie cerca del sarcófago, con las manos entrelazadas delante del pecho. Observaba la estructura abierta con una intensidad extraña, como si estuviera contemplando algo que llevaba años esperando ver.

Su rostro no mostraba sorpresa… Mostraba preocupación.

—Padre… —dijo Adrián finalmente—. ¿Qué piensa usted?

Matteo tardó unos segundos en responder.

—Creo —dijo con voz baja— que algunas cosas fueron enterradas por una razón.

Aquella frase dejó un peso incómodo en el aire. Pero el trabajo debía continuar.

Finalmente colocaron las palancas de acero en los bordes de la tapa de piedra que cubría el sarcófago. Era una pieza enorme y maciza, y moverla requería la fuerza coordinada de varios hombres.

Adrián levantó la mano.

—Con cuidado —ordenó—. Muy despacio.

Los obreros comenzaron a ejercer presión…Al principio la tapa no se movió. Luego, con un crujido grave que resonó por toda la cámara subterránea, la piedra cedió ligeramente.

El sonido del desplazamiento se extendió por los túneles como un eco profundo, rebotando en los muros de la antigua galería.

Centímetro a centímetro, la tapa fue apartándose y finalmente quedó lo suficientemente abierta para que la luz de las linternas iluminara el interior.

Todos miraron al mismo tiempo y durante varios segundos nadie comprendió lo que estaba viendo.

Dentro del sarcófago había un cuerpo…Un hombre.

Estaba tendido sobre una base de piedra lisa, con las manos cruzadas sobre el abdomen. Su figura estaba envuelta en lo que parecía ser un tejido antiguo, parcialmente deteriorado por el paso del tiempo.

Pero su cuerpo no estaba deteriorado, su piel estaba intacta, no había signos visibles de descomposición, no había huesos expuestos ni tejidos degradados.

Parecía… dormido.

Adrián sintió que su corazón comenzaba a latir con fuerza en su pecho. Se inclinó un poco más para observarlo con detenimiento.

El rostro del hombre era sereno, casi inexpresivo. Tenía barba corta y cabello oscuro que descansaba sobre los hombros. Su piel mostraba un tono pálido, pero no el grisáceo típico de un cadáver antiguo.

Entonces Adrián vio las heridas y había marcas profundas en ambas muñecas. Cicatrices circulares que atravesaban la carne en el punto exacto donde habrían pasado clavos en sus pies mostraban una herida similar. Y en el costado derecho se distinguía una marca alargada, como la cicatriz de una lanza.

Las mismas heridas descritas en los relatos antiguos de la crucifixión.

Adrián sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Dios mío… —murmuró alguien detrás de él.

Pero lo más inquietante todavía no había ocurrido.

Llamaron a la doctora Elena Varga, especialista en paleopatología, y medicina forense histórica nada mas descubrirse el cuerpo, y quien, tras enterarse corrió por los túneles secretos hasta llegar a la zona donde se encontraban todos, se acercó lentamente al borde del sarcófago. Había permanecido en silencio durante casi toda la excavación, observando a través de las cámaras de seguridad de la excavación y registrando cada hallazgo con una calma científica absoluta.

Ahora se inclinó sobre el cuerpo y extendió la mano con cautela. Sus dedos rozaron la piel del hombre.

Durante varios segundos no dijo nada mientras Adrián la observó con atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó finalmente.

Elena no respondió de inmediato, permanecía mirando el cuerpo con una expresión completamente distinta a la habitual.

Luego levantó lentamente la cabeza…Su rostro estaba pálido.

—Esto… no es posible —susurró.

Adrián sintió un nudo formarse en su estómago.

—¿Qué sucede?

Elena tragó saliva antes de responder.

—Está caliente.

Adrián parpadeó.

—¿Qué?

—Su piel… —dijo ella—. Está a temperatura normal. Como la de una persona viva.

Durante un segundo nadie se movió, nadie habló.

La idea parecía tan absurda que nadie supo cómo reaccionar. Y entonces ocurrió algo peor.

Adrián estaba mirando fijamente el cuerpo cuando lo vio. Al principio pensó que había sido una ilusión provocada por la luz temblorosa de las linternas. Pero no lo era…El pecho del hombre se movió, una vez muy lentamente y luego otra con un movimiento suave, rítmico, inequívoco… Respiraba.

9 | EL CUERPO QUE NO DEBÍA EXISTIR

Durante varios segundos nadie habló. El eco de las últimas palabras de la doctora Elena Varga parecía permanecer suspendido en el aire húmedo de la cámara subterránea.

Está caliente.

La frase flotaba en la mente de todos como algo que no debía tener sentido.

Adrián se inclinó lentamente sobre el sarcófago, con el corazón latiendo tan fuerte que podía sentir el pulso en la garganta. La luz de las lámparas portátiles iluminaba el interior de la tumba y proyectaba sombras temblorosas sobre las paredes de piedra negra.

El hombre que yacía dentro parecía ajeno a todo aquello.

Su piel tenía el tono pálido de alguien que llevaba mucho tiempo sin ver la luz del sol, pero no mostraba los signos que cualquier arqueólogo esperaría encontrar en un cuerpo antiguo. No había descomposición visible, ni rigidez extrema, ni el menor rastro del deterioro inevitable que el tiempo impone a la carne.

Nada en aquel cuerpo sugería que hubiera pasado siglos enterrado y mucho menos casi dos mil años.

Adrián extendió la mano lentamente, sus dedos quedaron suspendidos a pocos centímetros de la piel del hombre y durante un instante dudó. Había algo profundamente perturbador en ese momento, como si estuviera a punto de cruzar una frontera invisible entre la ciencia y algo mucho más oscuro, más inexplicable.

Finalmente lo tocó…El contacto fue inmediato.

Calor.

No era una ilusión ni un error de percepción. Era un calor claro, real, inconfundible. La piel del hombre estaba tibia. No tenía la frialdad rígida de un cadáver conservado ni la textura seca de una momia. Aquello era el tacto de un cuerpo vivo, de alguien que simplemente descansaba.

Adrián retiró la mano bruscamente, como si hubiera tocado algo prohibido.

—Esto es imposible —murmuró con voz baja.

La doctora Elena Varga ya se estaba moviendo con rapidez. Su expresión había cambiado por completo; la curiosidad científica que la caracterizaba ahora estaba mezclada con una tensión que apenas lograba ocultar.

Abrió su maletín médico y sacó un pequeño monitor portátil, uno de los dispositivos que había traído por precaución para analizar restos biológicos si aparecían tejidos conservados.

Nadie esperaba usarlo así y menos con manos firmes, colocó sensores sobre el pecho del hombre, otro en el cuello y uno más en la muñeca.

Los segundos que siguieron se hicieron interminables. El silencio era tan absoluto que podía escucharse el leve zumbido eléctrico del aparato y de repente, el monitor emitió un sonido.

Un pequeño *bip* y luego otro.

Elena miró la pantalla, sus ojos se abrieron lentamente. Por un momento pareció que había olvidado cómo respirar.

—Tiene pulso.

Las palabras salieron de su boca casi en un susurro.

El efecto fue inmediato.

Los obreros comenzaron a murmurar entre ellos, intercambiando miradas nerviosas. Algunos retrocedieron instintivamente un paso del sarcófago. Uno de ellos se persignó de forma rápida, murmurando una oración en voz baja.

—Esto no puede ser… —dijo otro—. No puede ser.

El padre Matteo no participaba en el murmullo.

Estaba observando la escena con una expresión cada vez más tensa. Sus ojos iban del monitor al rostro del hombre, como si

estuviera comparando algo que veía con recuerdos que solo existían en su mente.

Parecía profundamente inquieto… y finalmente habló.

—No digan nada fuera de esta sala.

Su voz resonó con una autoridad inesperada.

Todos se giraron hacia él.

El sacerdote dio un paso hacia el sarcófago.

—Nadie abandona esta cámara hasta que informemos al Vaticano —continuó—. Esto… no puede salir de aquí.

Adrián apenas lo escuchaba, seguía mirando el rostro del hombre. Había algo inquietante en su expresión. No era la calma rígida de un cadáver ni la neutralidad vacía de un cuerpo sin vida. Era la quietud de alguien profundamente dormido, pero no inconsciente.

Sus rasgos tenían una suavidad extraña, como si su mente estuviera activa en algún lugar lejano. Como si, en un plano que nadie podía ver, aquel hombre estuviera experimentando algo… Soñando.

Adrián sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Porque en ese momento comprendió algo que lo perturbó más que el pulso, más que la respiración, más que el calor de la piel.

Aquel hombre no parecía haber despertado, parecía haber estado durmiendo todo ese tiempo.

Y quizá —pensó Adrián con un estremecimiento que le heló la sangre— llevaba soñando casi dos mil años.

10 | LOS PRIMEROS MUERTOS

El Vaticano tardó menos de tres horas en reaccionar. La noticia no había salido de la cámara subterránea, tal y como había ordenado el padre Matteo, pero la gravedad del descubrimiento hizo que los informes viajaran con una rapidez extraordinaria a través de los canales internos de la Santa Sede. Las llamadas se sucedieron en despachos silenciosos, puertas se cerraron discretamente y decisiones que normalmente habrían requerido semanas fueron tomadas en cuestión de minutos.

Cuando el cardenal Vittorio Rinaldi llegó a la galería, la situación ya había cambiado por completo.

Miembros de la Guardia Suiza Pontificia vigilaban todos los accesos al complejo subterráneo. Sus uniformes coloridos contrastaban de forma extraña con la penumbra gris de los túneles antiguos. Dos guardias permanecían apostados en cada pasillo cercano, y una línea improvisada de seguridad impedía que cualquiera que no estuviera autorizado se acercara a la zona de excavación.

Nadie entraba, nadie salía.

El cardenal avanzó por el túnel acompañado únicamente por dos asistentes y un oficial de seguridad. Su paso era lento pero firme, y su rostro mostraba la serenidad controlada de alguien acostumbrado a tomar decisiones en situaciones delicadas.

Cuando llegó a la cámara donde se encontraba el sarcófago abierto, el ambiente era tenso. El equipo de arqueólogos permanecía reunido cerca de la mesa de trabajo improvisada, mientras los obreros se mantenían a cierta distancia del cuerpo. Nadie hablaba

demasiado alto, como si elevar la voz pudiera alterar algo que no comprendían.

Rinaldi escuchó el informe completo sin interrumpir.

Adrián explicó el proceso de excavación, el descubrimiento del sarcófago, las capas de oro y las inscripciones en arameo. Después Elena Varga detalló los datos médicos que había registrado: temperatura corporal, respiración, pulso.

El cardenal no hizo preguntas durante varios minutos, simplemente escuchó y finalmente se acercó al sarcófago, observó el cuerpo durante casi un minuto completo.

El silencio en la sala se volvió absoluto.

La luz de las lámparas iluminaba el rostro del hombre que descansaba dentro de la tumba, proyectando sombras suaves sobre sus facciones serenas. Su pecho continuaba moviéndose lentamente, apenas perceptible.

Respiraba.

El cardenal permaneció inmóvil, con las manos cruzadas detrás de la espalda.

Luego se volvió hacia Adrián.

—¿Está usted completamente seguro de lo que ha visto?

La pregunta fue formulada con calma, pero en su voz había un peso evidente.

Adrián sostuvo su mirada.

—Sí.

Rinaldi giró ligeramente la cabeza hacia la doctora Varga.

—¿Y usted, doctora?

Elena levantó el pequeño monitor médico que aún sostenía.

—Pulso estable —dijo con voz firme—. Temperatura corporal normal. Respiración lenta, pero constante.

El cardenal guardó silencio unos segundos. Cerró los ojos brevemente, como si estuviera organizando sus pensamientos o preparándose para aceptar una realidad que desafiaba todo lo que creía posible.

Cuando volvió a abrirlos, su expresión había cambiado. Había tomado una decisión.

—Nadie hablará de esto fuera de aquí.

Sus palabras resonaron con una autoridad absoluta.

—Ni a la prensa, ni a colegas, ni a familiares. Ninguna información abandonará esta zona sin autorización directa del Vaticano.

Los presentes intercambiaron miradas inquietas, pero nadie se atrevió a discutir.

Rinaldi continuó.

—A partir de este momento, esta excavación queda clasificada bajo supervisión directa de la Santa Sede.

Luego miró nuevamente el cuerpo dentro del sarcófago…Por primera vez, una sombra de preocupación cruzó su rostro.

—Algunas cosas —dijo en voz baja— tienen el poder de cambiar el mundo.

Nadie respondió, pero los secretos, incluso los mejor protegidos, tienen una forma extraña de romperse.

Aquella misma noche ocurrió lo que nadie esperaba… primera muerte.

Uno de los obreros que había participado en la apertura del sarcófago fue encontrado en el túnel principal del complejo subterráneo. Lo descubrió uno de los guardias suizos durante una ronda de vigilancia poco antes de la medianoche.

Su cuerpo estaba tendido en el suelo de piedra, no había señales de lucha, ni había rastros de violencia. Ninguna herida visible.

Parecía simplemente haberse desplomado mientras caminaba. Pero algo en su rostro hizo que el guardia retrocediera instintivamente.

El hombre estaba sonriendo, no era una sonrisa natural. Era demasiado amplia…Demasiado rígida.

Sus labios estaban estirados en una expresión extraña, casi antinatural, como si hubiera presenciado algo que su mente no había podido procesar completamente. Como si hubiera visto algo imposible.

La doctora Elena Varga realizó la autopsia preliminar pocas horas después. El resultado fue desconcertante, no había señales de ataque cardíaco ni hemorragias internas, ni toxinas detectables en los análisis iniciales.

Desde un punto de vista médico, el cuerpo parecía completamente sano. Sin embargo, había un detalle que perturbó profundamente a Elena. Algo que no encajaba con ninguna explicación lógica. Las pupilas…Estaban completamente dilatadas.

Pero no era una reacción química normal. Era la respuesta fisiológica extrema que se produce en momentos de terror absoluto. El tipo de reacción que el cuerpo humano muestra cuando el cerebro se enfrenta a algo tan aterrador que activa todos sus mecanismos de supervivencia al mismo tiempo.

El problema era que no había nada en aquel túnel que pudiera haber provocado ese tipo de miedo, nada visible. Nada que explicara por qué un hombre aparentemente sano había muerto con una expresión de felicidad imposible en el rostro… y las pupilas de alguien que había visto el horror más profundo imaginable.

11 | EL DOCUMENTO OCULTO

Dos días después del descubrimiento, Adrián recibió una citación inesperada. El mensaje fue breve y directo: debía presentarse en una sala privada dentro del Vaticano, acompañado únicamente por un guardia autorizado. No incluía explicaciones ni detalles adicionales, pero no era necesario. Desde la apertura del sarcófago, todo lo que ocurría alrededor del hallazgo estaba rodeado por un silencio institucional cada vez más pesado.

Un miembro de la Guardia Suiza lo condujo a través de varios pasillos internos del Vaticano que Adrián nunca había visto antes.

Las rutas se alejaban progresivamente de las zonas visitadas por turistas o empleados comunes. Pasaron por puertas gruesas reforzadas con cerraduras modernas, descendieron por una escalera de piedra desgastada por siglos de uso y finalmente atravesaron un corredor estrecho iluminado por lámparas antiguas.

El aire en aquella zona era más frío, más seco.

Había una sensación de antigüedad difícil de describir, como si cada pared guardara siglos de secretos acumulados.

—Aquí —dijo finalmente el guardia, deteniéndose frente a una puerta pesada de madera oscura.

La abrió sin decir nada más y Adrián entró. La sala era pequeña pero elegante. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de carpetas y cajas de archivos. Sobre una mesa central descansaban varios documentos antiguos protegidos por láminas de cristal.

El cardenal Vittorio Rinaldi estaba sentado frente a ellos. No levantó la vista inmediatamente. Estaba revisando una página con

atención, como si necesitara asegurarse de algo antes de comenzar la conversación.

Finalmente cerró el documento.

—Gracias por venir, doctor Torres.

Adrián se sentó frente a él durante unos segundos ninguno habló. La tensión era evidente.

Rinaldi rompió el silencio.

—Lo que hemos encontrado bajo la basílica —dijo con tono tranquilo— no es un descubrimiento arqueológico común.

Adrián le sostuvo su mirada.

—Eso ya lo he deducido.

El cardenal no pareció ofenderse por la respuesta. Al contrario, asintió lentamente. Luego tomó uno de los documentos de la mesa y lo deslizó hacia Adrián.

El papel estaba protegido por una funda transparente, pero aun así se percibía su antigüedad. El pergamino tenía un tono amarillento oscuro, y los bordes mostraban el desgaste típico de algo que había sobrevivido siglos.

Adrián bajó la mirada.

Leyó el título.

«Archivum Custodiae — Documento 731 *»

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué es esto?

Rinaldi apoyó las manos sobre la mesa.

—Este documento fue escrito hace casi dos mil años —explicó—. Y desde entonces ha permanecido oculto en los archivos más restringidos del Vaticano.

Adrián levantó la vista brevemente.

—¿Los archivos secretos?

El cardenal hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—La sección que ahora se denomina *Archivo Apostólico*. Muy pocas personas han tenido acceso a este documento.

Adrián volvió a mirar el pergamino.

La escritura estaba hecha en una tinta oscura que aún conservaba sorprendente nitidez. Los caracteres parecían una mezcla entre griego antiguo y arameo transliterado. La caligrafía era irregular, como si quien lo hubiera escrito estuviera bajo una enorme presión emocional.

Comenzó a leer.

Las primeras líneas describían acontecimientos que le resultaban vagamente familiares: referencias a Jerusalén, a una tumba sellada, a testigos que hablaban de una resurrección. Sin embargo, el tono del texto no era celebratorio ni religioso. Era inquieto, angustiado.

A medida que avanzaba, las frases se volvían más intensas, más desesperadas.

El autor hablaba de miedo, de discusiones entre discípulos, de decisiones tomadas en secreto.

Las palabras no estaban escritas como un evangelio ni como una crónica histórica. Parecían una confesión o quizás una advertencia.

Adrián siguió leyendo en silencio durante varios minutos. El documento hablaba de un regreso. De algo que había vuelto de la muerte, pero también describía cambios. Comportamientos extraños.

Momentos de silencio prolongado, miradas que inquietaban incluso a quienes lo conocían mejor.

En una de las últimas secciones, el texto describía una reunión nocturna de once hombres, de una decisión tomada con temor de un acto que debía mantenerse oculto para siempre.

Cuando Adrián terminó de leer, permaneció en silencio varios segundos. Luego levantó lentamente la cabeza.

Su expresión había cambiado.

—¿Quiere decirme… —dijo con voz baja— que los propios apóstoles lo encerraron?

El cardenal Rinaldi no respondió inmediatamente.

Se levantó de la silla y caminó lentamente hacia una de las estanterías de la sala, como si necesitara unos segundos para elegir cuidadosamente sus palabras y finalmente se volvió hacia Adrián.

—Creyeron que era lo único que podían hacer.

La frase cayó en la habitación como una piedra en agua quieta.

Adrián sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Por qué? —preguntó.

Rinaldi lo miró directamente a los ojos en su expresión había algo más que preocupación, había miedo.

Un miedo antiguo, heredado de siglos de silencio.

—Porque cuando regresó de la muerte… —dijo lentamente—

hizo una breve pausa.

—…no era exactamente el mismo.

Archivum Custodiae – Documento 731

«Año 37 después de la muerte del Nazareno».

Nosotros, que vimos lo que ocurrió después de la cruz, escribimos estas palabras para quienes vengan después de nosotros.

Cuando el maestro fue bajado del madero, no estaba muerto como los hombres creyeron. Su aliento era débil, pero permanecía dentro de él.

Durante tres días lo ocultamos en la tumba mientras los romanos vigilaban la ciudad.

Y en la tercera noche ocurrió aquello que ninguno de nosotros esperaba.

Su cuerpo sanó. Las heridas dejaron de sangrar y su respiración regresó con fuerza.

Entonces abrió los ojos.

Pero cuando habló, comprendimos que algo había cambiado. Sus palabras no eran las mismas que habíamos escuchado en Galilea ni en Jerusalén.

Hablaba de cosas que ningún hombre debía conocer.

Hablaba del final del mundo como si lo hubiera visto.

Y de la destrucción de los hombres como si fuera inevitable.

Algunos creyeron que había regresado como el hijo de Dios.

Otros creímos que aquello que volvió de la tumba no era el mismo que había muerto en la cruz. Decidimos hacer lo único que podíamos hacer para proteger al mundo.

Lo dormimos nuevamente con las hierbas del sueño profundo y sellamos su cuerpo bajo piedra y oro. Juramos que nadie rompería ese sello hasta el último amanecer de la humanidad.

"Porque si el durmiente despierta antes de ese día…
lo que vendrá después no podrá ser detenido."

12 | EL SACERDOTE

El padre Matteo Valli llevaba más de veinte años sirviendo dentro de la Ciudad del Vaticano. Durante ese tiempo había ocupado diversos cargos relacionados con la investigación histórica de la Iglesia. Había supervisado excavaciones arqueológicas en lugares vinculados con los primeros siglos del cristianismo, colaborado con especialistas en lenguas antiguas y, sobre todo, pasado incontables horas en los archivos más reservados del Vaticano.

Allí había leído documentos que la mayoría de los historiadores jamás sabrían que existían. Evangelios incompletos que nunca formaron parte del canon oficial.
Cartas atribuidas a los primeros obispos de Roma.
Fragmentos de testimonios escritos por comunidades cristianas desaparecidas hace casi dos mil años.

A lo largo de los años había aprendido algo importante: la historia de la Iglesia era mucho más compleja que la versión que aparecía en los libros.

Pero nada de aquello lo había preparado para lo que había visto la noche anterior.

Su despacho estaba en uno de los edificios administrativos situados cerca de la plaza de San Pedro. Era una habitación sencilla, con una mesa de madera oscura, varias estanterías llenas de libros antiguos y una ventana que daba directamente a la inmensa explanada de piedra.

Desde allí podía verse el corazón espiritual del catolicismo.

Cada día miles de peregrinos llegaban a aquel lugar buscando consuelo, fe o simplemente la emoción de pisar uno de los espacios religiosos más importantes del mundo.

Aquella mañana, sin embargo, la plaza parecía extrañamente silenciosa.

Matteo no había dormido. Había pasado la noche sentado frente a su escritorio, intentando ordenar los pensamientos que se agolpaban en su mente desde el descubrimiento en la cámara subterránea.

Las imágenes seguían repitiéndose con una claridad insoportable… El sarcófago negro, las capas de oro, las inscripciones talladas en arameo.

Y el rostro del hombre que yacía dentro.

Respiraba.

El sacerdote se llevó lentamente las manos al rostro y cerró los ojos durante unos segundos. Durante toda su vida había dedicado su fe a una idea central: la resurrección de Cristo. Aquella creencia era el núcleo mismo de la religión que había jurado servir. Era el fundamento de los evangelios, de la liturgia, de la esperanza que millones de personas depositaban en la Iglesia.

Pero lo que habían encontrado bajo la basílica no se parecía en nada a lo que había imaginado. No había gloria, no había luz divina ni señales de un milagro celestial.

Solo un hombre dormido dentro de una tumba sellada por sus propios seguidores.

Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

Matteo levantó la cabeza.

—Adelante.

La puerta se abrió, era el cardenal Giordano Rinaldi, entró en el despacho con paso firme. Su figura llenó la habitación con una presencia autoritaria, y su expresión era severa, como la de alguien que llevaba muchas horas enfrentándose a decisiones que no tenían respuestas sencillas.

Matteo se puso de pie.

—Eminencia.

Rinaldi no se sentó de inmediato. Caminó lentamente hasta el centro de la habitación, observando brevemente los libros y papeles que cubrían el escritorio.

Luego habló.

—Padre Matteo —dijo con voz controlada—. Necesito que me diga exactamente qué ocurrió anoche en la excavación.

El sacerdote respiró hondo antes de responder.

—Lo que ocurrió… ya lo sabe, eminencia.

El cardenal lo miró fijamente.

—Quiero escucharlo de usted.

Matteo dudó unos segundos y luego habló con calma.

—Abrimos la cámara subterránea. Encontramos el sarcófago. Estaba sellado con varias capas de oro y cubierto de inscripciones en arameo. Tardamos casi dos días en retirar los sellos.

Hizo una pausa.

—Y dentro… había un hombre.

El cardenal mantuvo su expresión imperturbable.

—Un hombre que, según los médicos, está vivo.

El sacerdote asintió lentamente.

—Sí.

Rinaldi caminó hasta la ventana y observó la plaza durante unos segundos. Desde allí se veía a pequeños grupos de peregrinos cruzando el espacio abierto en dirección a la basílica.

Parecían diminutos desde aquella altura.

Finalmente volvió a mirar a Matteo.

—¿Cree usted que es él?

La pregunta quedó suspendida en el aire.

Matteo sintió cómo su estómago se tensaba.

Durante años había estudiado textos que hablaban de Jesús de Nazaret, de su vida, de su muerte y de la proclamada resurrección. Había dedicado su fe a creer en esa historia.

Pero ahora, por primera vez, la posibilidad de enfrentarse a algo real —algo físico— lo llenaba de una inquietud profunda.

—No lo sé —respondió finalmente.

Rinaldi frunció ligeramente el ceño.

—¿Nada más?

—Las heridas coinciden con las descripciones de la crucifixión —continuó Matteo—. Las muñecas, los pies, la herida del costado. Y las inscripciones del sarcófago… parecen escritas por alguien que conocía perfectamente los acontecimientos.

El cardenal levantó una mano para detenerlo.

—Padre —dijo con tono grave—, si ese cuerpo es realmente el de Jesucristo, las implicaciones para la Iglesia y para el mundo entero serían… incalculables.

Matteo levantó la mirada.

—¿Y si no lo es?

La pregunta hizo que el cardenal guardara silencio durante varios segundos.

Su rostro se tensó ligeramente.

—Eso también es un problema —respondió finalmente.

El sacerdote volvió a mirar hacia la ventana.

En la plaza, un grupo de peregrinos caminaba lentamente hacia la basílica. Algunos llevaban cámaras, otros rosarios. Había familias, ancianos, niños…Personas normales. Personas que no sabían que, a menos de cien metros bajo sus pies, algo respiraba dentro de una tumba sellada.

—Eminencia —dijo Matteo en voz baja.

—Sí.

—He leído la inscripción completa del sarcófago.

El cardenal lo observó con atención.

—¿Y?

Matteo tardó unos segundos en responder.

—No es una tumba.

Rinaldi frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

El sacerdote se volvió lentamente hacia él. En su mirada había algo que el cardenal no había visto antes… Miedo.

—Es una prisión.

13 | EL FUEGO EN LA PLAZA

Ya el padre Matteo Valli había pasado dos días encerrado en su despacho sin permitir que nadie lo viera, hasta la visita del Cardenal Rinaldi.

Al principio nadie pensó que fuera algo inusual. Los sacerdotes del Vaticano estaban acostumbrados a periodos de aislamiento cuando trabajaban con documentos sensibles o reflexionaban sobre asuntos delicados. Sin embargo, a medida que pasaban las horas, la situación comenzó a inquietar a quienes trabajaban en el edificio administrativo.

Los guardias del Vaticano empezaron a preocuparse ya que nadie respondía cuando llamaban a la puerta.

Las luces permanecían encendidas a cualquier hora de la noche. En varias ocasiones alguien escuchó pasos dentro de la habitación, pero cuando golpeaban la puerta, el silencio volvía a instalarse inmediatamente.

Al tercer día por la tarde, la puerta finalmente se abrió. Matteo salió al pasillo.

Su aspecto era extraño. Tenía el rostro pálido y los ojos hundidos por la falta de sueño, pero su expresión transmitía una calma inquietante, casi antinatural. No parecía alterado ni nervioso. Parecía decidido.

Caminó lentamente por los pasillos del edificio administrativo sin mirar a nadie. Algunos empleados lo saludaron con cautela, pero él no respondió. Sus pasos eran constantes, medidos, como si ya hubiera trazado mentalmente cada movimiento que iba a realizar.

Atravesó las puertas de seguridad, luego descendió la escalera que conducía al exterior. Finalmente cruzó el arco que daba acceso a la enorme explanada de La Plaza de San Pedro.

Era media tarde y la plaza estaba llena de vida, como casi todos los días. Grupos de peregrinos caminaban frente a la imponente fachada del mausoleo Vaticano, algunos rezando, otros tomando fotografías, otros simplemente contemplando la monumental arquitectura que dominaba el horizonte.

Las columnas del gran colonnato proyectaban largas sombras sobre el suelo de piedra. El murmullo de conversaciones en decenas de idiomas diferentes llenaba el aire.

Matteo avanzó entre la multitud sin mirar a nadie, llevaba algo oculto bajo la sotana. Nadie se fijó en él al principio, parecía simplemente otro sacerdote cruzando la plaza.

Cuando llegó aproximadamente al centro de la explanada, se detuvo. Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Frente a él se alzaba la enorme cúpula de la basílica, elevándose contra el cielo de la tarde, la observó en silencio y luego levantó la voz.

—¡Hemos cometido un error!

Al principio pocas personas entendieron lo que estaba ocurriendo. Algunos turistas se giraron hacia él con expresiones confusas, pensando que quizá se trataba de algún tipo de protesta o discurso religioso improvisado.

Matteo volvió a gritar su voz ahora era más fuerte, más desesperada.

—¡Lo hemos despertado! —exclamó—. ¡Lo hemos despertado antes del tiempo!

Varias personas comenzaron a grabar con sus teléfonos.

Dos guardias que vigilaban la zona detectaron el alboroto y empezaron a caminar rápidamente hacia él.

—Padre, tranquilícese —dijo uno de ellos al acercarse.

Pero Matteo no parecía escucharlo y metió la mano dentro de la sotana. Cuando la sacó, sostenía una pequeña botella de cristal. El olor se percibió inmediatamente…

Gasolina.

El líquido transparente brilló brevemente bajo la luz del sol antes de que Matteo lo vertiera sobre su propia cabeza.

El olor penetrante se extendió en el aire.

—¡Padre, no! —gritó uno de los guardias, corriendo hacia él.

Pero ya era demasiado tarde. Matteo se roció el pecho, los hombros, los brazos.

Su mirada permanecía fija en la cúpula de la basílica, como si estuviera buscando algo más allá de la piedra y el cielo.

—Perdónanos —susurró.

Luego sacó un pequeño mechero y el clic metálico resonó con una claridad extraña en medio del caos que empezaba a formarse alrededor.

La llama apareció y un segundo después, el fuego se extendió.

Las llamas lo envolvieron casi de inmediato, alimentadas por la gasolina empapando su ropa. Un estallido de calor iluminó la plaza mientras la sotana comenzaba a arder violentamente.

Los gritos de los peregrinos llenaron el aire, algunas personas corrieron. Otras se quedaron paralizadas por el horror.

Los guardias se lanzaron hacia él con mantas y extintores, pero Matteo no intentó escapar, no gritó, ni se movió. Solamente permaneció de pie.

Ardiendo.

Y mientras el fuego consumía su ropa y su figura comenzaba a desaparecer entre las llamas, una expresión extraña apareció en su rostro…Una sonrisa.

No era de alivio ni de dolor. Era una sonrisa extrañamente serena. Como la de alguien que finalmente había comprendido algo.

Los guardias lograron derribarlo al suelo e intentaron apagar el fuego, pero ya era demasiado tarde.

Antes de que su voz desapareciera completamente, Matteo susurró algo. Tan bajo que solo una de las personas más cercanas logró escucharlo.

Sus últimas palabras fueron apenas audibles.

—Ahora… ya sabe… que lo hemos encontrado.

14 | LAS GRABACIONES NOCTURNAS

La cámara subterránea había quedado completamente vacía. Tras largas horas de observación, discusiones técnicas y turnos de vigilancia, científicos y guardias abandonaron finalmente el recinto, dejando tras de sí un silencio pesado que parecía adherirse a las paredes de hormigón. Solo permanecían activas las cámaras de seguridad, cuyos pequeños diodos rojos parpadeaban en la penumbra como ojos mecánicos, registrándolo todo con una paciencia fría e impasible. En aquel laboratorio enterrado bajo toneladas de roca y metal, el tiempo parecía moverse de forma distinta, más lento, más espeso, como si incluso los segundos se vieran obligados a avanzar con cautela.

Durante la mayor parte de la noche no ocurrió absolutamente nada. El sarcófago permanecía abierto en el centro de la sala, iluminado por la luz tenue de los focos de vigilancia. Dentro, el cuerpo yacía inmóvil, con una quietud que habría parecido absoluta de no ser por el ritmo pausado y casi imperceptible de su respiración. Cada inspiración era tan lenta que las cámaras apenas lograban registrarla, como si el organismo que ocupaba aquel lecho antiguo funcionara según un compás biológico diferente al del resto de los seres humanos. La escena resultaba inquietante precisamente por su calma: una quietud demasiado perfecta, demasiado expectante.

Sin embargo, a las 03:17 de la madrugada, algo cambió.

Al principio fue un movimiento tan sutil que habría pasado desapercibido para cualquier observador distraído. Uno de los dedos de la mano derecha se contrajo apenas unos milímetros, como si

respondiera a un impulso nervioso que tardaba siglos en recorrer el cuerpo. Pasaron varios segundos antes de que se produjera un segundo movimiento. Esta vez fue la mano completa, que se flexionó lentamente, con la torpeza de un mecanismo que despierta después de un periodo de inactividad inconcebiblemente largo.

Después ocurrió algo aún más perturbador.

Los párpados se abrieron.

Lo hicieron con una lentitud casi ritual, como si cada milímetro de aquel gesto implicara un esfuerzo monumental. Los ojos del hombre aparecieron finalmente bajo la luz mortecina de las cámaras. No mostraban confusión ni desorientación; tampoco el pánico natural de alguien que despierta en un lugar desconocido. Permanecieron abiertos, fijos, observando la oscuridad de la cámara durante varios segundos que, vistos en la grabación, parecían prolongarse mucho más de lo normal.

Y entonces sucedió algo que ninguno de los investigadores habría considerado posible.

El hombre comenzó a incorporarse.

Lo hizo con una calma inquietante, levantando primero la cabeza y después el torso, como si estuviera emergiendo lentamente de un sueño profundo y extraordinariamente largo. Sus movimientos no eran bruscos ni descoordinados; al contrario, parecían medidos, deliberados, como los de alguien que se adapta de nuevo al peso del propio cuerpo después de una ausencia prolongada.

Cuando finalmente estuvo sentado dentro del sarcófago, permaneció inmóvil unos instantes.

Luego giró la cabeza muy despacio. Sus ojos se alinearon directamente con el objetivo de una de las cámaras de vigilancia.

Durante un breve instante, pareció observarla con absoluta atención, como si fuera plenamente consciente de su presencia y de lo que representaba. Y entonces, de forma casi imperceptible pero inequívoca, sus labios se curvaron en una expresión que no podía interpretarse de otra manera.

Sonrió.

No fue una sonrisa amplia ni exagerada, sino un gesto leve, contenido, lo suficientemente claro como para resultar

profundamente perturbador. Después de ese breve instante, el hombre volvió a tumbarse dentro del sarcófago con la misma lentitud con la que se había levantado. Su cabeza descansó nuevamente sobre la superficie fría, sus ojos se cerraron y su respiración recuperó aquel ritmo pausado y profundo que había permanecido constante durante toda la noche.

La sala volvió a quedar en silencio absoluto.

Cuando los investigadores revisaron la grabación a la mañana siguiente, el ambiente en la sala de control se volvió extraño y denso. Nadie habló durante un largo tiempo. Los científicos observaban la pantalla una y otra vez, reproduciendo la secuencia en silencio, intentando encontrar una explicación lógica que disipara la sensación incómoda que comenzaba a instalarse en sus mentes.

Finalmente, Adrián rompió el silencio.

Su voz salió apenas por encima de un susurro, como si pronunciar aquellas palabras en voz alta pudiera convertir en realidad algo que prefería mantener en el terreno de las hipótesis.

—Creo que…

Se detuvo un momento, sin apartar la vista de la pantalla.

—Creo que sabe que estamos aquí.

15 | EL SEGUNDO DOCUMENTO

El archivo restringido donde trabajaba Adrián se encontraba en una de las zonas más profundas y menos conocidas del Vaticano, un lugar al que muy pocos visitantes —incluso entre los propios miembros de la institución— llegaban alguna vez. No figuraba en los recorridos oficiales ni aparecía en los mapas destinados al público. Para acceder a él era necesario atravesar pasillos estrechos, puertas blindadas y cámaras silenciosas donde el aire parecía detenido desde hacía siglos. Allí, en aquel laberinto de salas discretamente iluminadas, se conservaban manuscritos antiguos, pergaminos frágiles y documentos cuya mera existencia había sobrevivido a guerras, saqueos, incendios y a la lenta erosión del tiempo. Cada estante albergaba fragmentos de historia que en muchos casos nunca habían sido estudiados con profundidad, textos que dormían en la penumbra como si esperaran el momento exacto en que alguien volviera a leerlos.

Adrián había pasado allí la mayor parte del día. Su trabajo consistía en revisar textos relacionados con los primeros años del cristianismo, comparando versiones tardías con fragmentos más antiguos para identificar posibles alteraciones, interpolaciones o interpretaciones teológicas que se hubieran añadido con el paso de los siglos. Era un trabajo meticuloso, casi monástico, que exigía paciencia y una atención constante a los detalles más pequeños: una palabra alterada, una frase añadida en el margen, una línea borrada con demasiado cuidado. Sin embargo, aquel tipo de descubrimientos rara vez resultaba realmente sorprendente. La mayoría de los manuscritos repetían las mismas narrativas conocidas, variaciones

mínimas sobre tradiciones ya estudiadas por generaciones de historiadores.

Por eso, cuando encontró el segundo documento, al principio no le dio demasiada importancia.

Había llegado hasta él casi por casualidad, al revisar una caja de manuscritos catalogados de manera provisional décadas atrás. El pergamino estaba registrado como una copia tardía de un texto anterior, probablemente transcrito durante el siglo II o quizás incluso antes, aunque el estado del material hacía difícil establecer una fecha exacta. La tinta estaba descolorida en algunas zonas, y el título original había sufrido daños evidentes con el paso del tiempo. Aun así, entre las partes borradas y las grietas del pergamino, una frase permanecía todavía legible.

«Relato del guardián que rompió el juramento»

Aquellas palabras captaron inmediatamente su atención.

Adrián ajustó la lámpara de lectura, acercó el manuscrito con cuidado y comenzó a leer.

«*Han pasado muchos años desde que sellamos la tumba bajo la ciudad.*

Durante este tiempo he guardado silencio, como juramos todos los que estuvimos allí.

Pero ahora escribo estas palabras porque temo que otros intenten abrir lo que nosotros cerramos»

El historiador sintió una ligera tensión en el pecho. Aquello no parecía un texto teológico convencional ni un comentario doctrinal. Tenía el tono de una confesión.

Continuó leyendo.

«*Cuando lo dormimos por segunda vez, sabíamos que no podríamos matarlo.*

Lo intentamos.

La lanza atravesó su costado y la sangre volvió a fluir.

Pero la herida se cerró ante nuestros ojos.

Entonces comprendimos que la muerte ya no tenía poder sobre él»

Adrián dejó escapar lentamente el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta. Durante un momento permaneció

inmóvil, con la mirada fija en las líneas del pergamino. Aquellas palabras resultaban inquietantes no solo por lo que decían, sino por la forma en que estaban escritas. No había metáforas ni símbolos evidentes. El autor parecía estar describiendo hechos concretos, como si hubiera presenciado personalmente aquello que relataba.

Se obligó a continuar.

«*Durante los días que estuvo despierto habló con nosotros.*

Nos habló de un tiempo que aún no había llegado.

Nos habló del día en que despertaría de nuevo y el mundo sería obligado a enfrentarse a la verdad que había olvidado»

Las manos de Adrián permanecían firmes, pero en su interior comenzaba a crecer una sensación incómoda, difícil de explicar.

«*Algunos de nosotros creímos que aquello era el juicio final.*

Otros pensamos que algo había regresado de la tumba usando su cuerpo como un recipiente»

Adrián levantó lentamente la mirada del manuscrito.

El silencio de la sala parecía más profundo que antes. La iluminación tenue proyectaba sombras largas entre las estanterías, y por un instante tuvo la extraña impresión de que la habitación se había vuelto ligeramente más fría.

Volvió a bajar los ojos hacia el pergamino.

«*Por eso decidimos encerrarlo donde nadie lo buscaría.*

Bajo la ciudad que un día se levantaría en su nombre.

Bajo los templos y las iglesias que proclamarían su sacrificio»

Las últimas líneas estaban más desgastadas, pero todavía podían leerse con claridad suficiente.

«*Porque sabíamos que, mientras el mundo lo adorara como un salvador muerto, nadie pensaría en buscarlo vivo*».

Adrián permaneció inmóvil durante varios segundos.

Finalmente cerró el manuscrito con cuidado, como si temiera que cualquier gesto brusco pudiera dañar un testimonio que había logrado sobrevivir casi dos mil años.

Entonces comprendió algo que hasta ese momento no había considerado.

Una posibilidad que, una vez formulada en su mente, resultaba inquietantemente lógica.

El Vaticano no se había construido encima de aquella tumba por casualidad.

Había sido construido para vigilarla.

16 | EL PRIMER MOVIMIENTO

La noticia llegó al despacho del cardenal Rinaldi antes de que amaneciera. En el Vaticano, incluso en las horas más profundas de la noche, siempre había alguien despierto, alguien vigilando, alguien preparado para transmitir un mensaje urgente a las personas adecuadas. Pero aquel aviso no había seguido los canales habituales. Había llegado de forma directa, silenciosa, acompañado únicamente por un archivo de vídeo y una nota escueta que solicitaba su revisión inmediata.

Rinaldi lo vio solo.

La pantalla iluminaba débilmente la habitación mientras la grabación reproducía, segundo a segundo, lo ocurrido en la cámara subterránea durante la madrugada. El movimiento del dedo. La lenta apertura de los ojos. El momento exacto en que la figura se incorporaba dentro del sarcófago y dirigía su mirada hacia la cámara de vigilancia. Cualquier otro observador habría reaccionado con incredulidad, con alarma o incluso con miedo.

El cardenal, sin embargo, permaneció completamente inmóvil, su rostro no reflejó sorpresa ni desconcierto.

Cuando la grabación terminó y la pantalla volvió a quedar en negro, Rinaldi apoyó lentamente las manos sobre el escritorio. Durante unos segundos pareció contemplar un punto invisible frente a él, como si aquella secuencia confirmara algo que, en el fondo, llevaba mucho tiempo esperando.

No parecía sorprendido, parecía… resignado.

Minutos más tarde, el equipo de investigación recibió su primera orden.

—Trasladen el cuerpo —dijo con voz tranquila, aunque en su tono había una gravedad difícil de ignorar.

La orden dejó a todos momentáneamente en silencio.

Elena fue la primera en reaccionar.

—¿A dónde? —preguntó.

Rinaldi no dudó.

—A una sala médica sellada. —Hizo una breve pausa antes de añadir—. Sin acceso exterior. Y con vigilancia permanente.

No dio más explicaciones.

Nadie se atrevió a pedirlas.

Una hora después, Adrián, Elena y el equipo de seguridad descendían nuevamente hacia la cámara subterránea donde se encontraba el sarcófago. El trayecto por los túneles del complejo era silencioso, interrumpido únicamente por el eco lejano de sus pasos y el zumbido constante de los sistemas eléctricos que mantenían activo el laboratorio.

La puerta de seguridad se abrió con un sonido metálico amortiguado. Cuando entraron en la sala, ocurrió algo que ninguno de ellos estaba preparado para ver. El sarcófago estaba vacío.

Durante varios segundos nadie dijo nada.

El silencio que llenó la cámara fue absoluto, denso, casi físico. Las luces frías del techo iluminaban el interior de la sala exactamente igual que la noche anterior, pero ahora el centro del recinto estaba dominado por una ausencia imposible.

Adrián avanzó lentamente hacia el sarcófago.

Su mente intentaba procesar la escena con lógica, buscando algún indicio que explicara lo que estaba viendo. Miró alrededor con atención, observando cada rincón de la sala, cada sombra, cada superficie metálica.

No había señales de lucha, no había destrozos, no había huellas de forzamiento en las puertas ni en los sistemas de seguridad… Nada.

Solo el sarcófago abierto y, dentro de él, el sudario.

Estaba doblado con cuidado, colocado sobre la superficie interior como si alguien lo hubiera dejado allí deliberadamente.

Como si aquel gesto hubiera sido… consciente.

El cardenal Rinaldi observó la escena desde la entrada de la sala. Durante un largo instante no dijo nada. Finalmente cerró los ojos con lentitud, como quien reconoce el desenlace inevitable de una historia que comenzó mucho tiempo atrás.

—Dios mío… —murmuró.

Elena fue la primera en reaccionar de verdad.

Su voz sonó más alta de lo que pretendía.

—Eso es imposible.

Pero Adrián no estaba escuchándola.

Había fijado su atención en algo distinto… El suelo.

Se inclinó ligeramente, acercándose a la superficie de piedra pulida que rodeaba el sarcófago. Allí, en medio de la iluminación blanca del laboratorio, había algo que no estaba en las grabaciones de la noche anterior.

Una marca, una huella. Era clara, nítida. Y estaba completamente descalza.

Adrián siguió su dirección con la mirada. La huella no estaba sola había otra más adelante y otra. Formaban un rastro silencioso que atravesaba la cámara subterránea y se perdía en dirección a la salida.

Hacia el túnel principal.

17 | LOS ARCHIVOS PROHIBIDOS

La reacción del Vaticano fue inmediata y meticulosamente coordinada. En cuestión de horas, el complejo subterráneo que se extendía bajo la ciudad comenzó a transformarse en una estructura hermética. Los accesos a las galerías fueron sellados con puertas de seguridad reforzadas, los sistemas de vigilancia se duplicaron y equipos de guardias armados comenzaron a patrullar los pasillos con una disciplina silenciosa y constante. Desde la superficie, nada de aquello resultaba visible. El Vaticano seguía mostrando al mundo la misma imagen de calma solemne y estabilidad milenaria que había mantenido durante siglos.

Pero bajo sus cimientos, algo había cambiado.

La desaparición del cuerpo había activado protocolos que la mayoría de los presentes ni siquiera sabía que existían. Órdenes urgentes circulaban entre departamentos, documentos eran retirados de archivos restringidos y equipos enteros trabajaban sin descanso revisando cámaras, túneles y planos de la infraestructura subterránea. Sin embargo, incluso mientras el dispositivo de seguridad se desplegaba con precisión, Adrián comprendía que aquella búsqueda probablemente estaba condenada al fracaso.

El laberinto de galerías bajo el Vaticano era inmenso, resultado de siglos de ampliaciones, reformas y construcciones superpuestas. Pasillos romanos, criptas medievales, cámaras modernas y túneles olvidados se entrelazaban formando una red que ni siquiera los planos oficiales lograban describir con exactitud. Buscar a un hombre en aquel entramado era ya una tarea difícil.

Pero si realmente era quien algunos empezaban a sospechar…

Entonces la dificultad adquiría otra dimensión. Adrián caminaba por uno de aquellos pasillos cuando ese pensamiento volvió a cruzar su mente con una claridad inquietante.

Si aquello era cierto, si la historia que empezaba a dibujarse en los documentos antiguos tenía algún fundamento real… entonces la persona que había abandonado el sarcófago no estaba perdida en aquellos túneles.

Probablemente conocía la salida mejor que nadie.

Aquella misma noche, Adrián recibió una nueva convocatoria del cardenal Rinaldi. El mensaje era breve y directo, sin explicaciones adicionales. Lo esperaba en los niveles más profundos del archivo secreto.

Cuando Adrián llegó al punto indicado, Rinaldi lo aguardaba junto a una puerta de acero que rara vez se abría. Tras introducir un código y activar un sistema de autenticación manual, la puerta se deslizó lentamente hacia un lado, revelando una sala aún más antigua que las que Adrián había visitado hasta ese momento.

El aire allí era más frío, más seco. Las estanterías estaban protegidas por vitrinas selladas y cajas de conservación diseñadas para preservar materiales extremadamente frágiles. Aquel lugar no estaba destinado al estudio cotidiano, sino a custodiar documentos cuya existencia misma debía mantenerse en secreto.

Rinaldi avanzó hasta un pequeño archivador metálico incrustado en la pared.

—Hay algo que debes ver —dijo finalmente.

Su voz tenía un tono grave, cargado de una seriedad que Adrián no le había escuchado antes.

El cardenal abrió uno de los cajones y extrajo con cuidado un pequeño paquete envuelto en una tela antigua, amarillenta por el paso de los siglos. Lo sostuvo unos instantes antes de depositarlo sobre la mesa de trabajo.

Adrián se acercó. Cuando la tela fue retirada, apareció un manuscrito sorprendentemente bien conservado. Las líneas de escritura eran finas, irregulares, trazadas con una tinta oscura que había resistido el paso del tiempo.

Adrián lo reconoció casi de inmediato.

—Arameo —murmuró.

Rinaldi asintió.

—Siglo I —confirmó.

Aquellas dos palabras bastaban para comprender la magnitud de lo que tenía delante.

Adrián sintió una ligera presión en el pecho mientras inclinaba el manuscrito bajo la luz de la lámpara. Los caracteres eran antiguos, pero perfectamente legibles para alguien acostumbrado a trabajar con textos de aquella época.

Sin embargo, no fue el idioma lo que lo dejó sin aliento fue el contenido. Las primeras líneas revelaban algo que Adrián jamás había visto antes en ningún catálogo, ninguna referencia académica ni ningún estudio teológico.

Era un evangelio, pero no uno de los textos conocidos, no era el Evangelio según Mateo ni el Evangelio según Marcos, No era el Evangelio según Lucas, tampoco era el Evangelio según Juan.

El título estaba escrito con una claridad sorprendente, como si el autor hubiera querido que no quedara ninguna duda sobre su identidad.

Evangelio de Jacobo el Testigo.

Adrián sintió cómo su mente comenzaba a recorrer rápidamente las referencias históricas que conocía. Había evangelios apócrifos, textos gnósticos, fragmentos atribuidos a distintos discípulos… pero aquel nombre no aparecía en ninguno de los registros académicos que recordaba.

Rinaldi lo observaba en silencio.

—Lee —dijo finalmente.

Adrián obedeció y las primeras líneas describían los días posteriores a la crucifixión. Pero a medida que avanzaba en el texto, algo empezó a resultarle profundamente inquietante. La historia no coincidía con la versión que el mundo había conocido durante dos mil años.

Los acontecimientos narrados eran diferentes. Las palabras atribuidas a los discípulos tenían otro tono. Y la figura central del relato no parecía comportarse como el salvador glorificado que describían los evangelios canónicos.

Era algo más ambiguo, más oscuro, más difícil de comprender.

Adrián levantó lentamente la mirada del manuscrito. La sensación que crecía en su interior era imposible de ignorar. Aquella no era simplemente otra versión de la historia.

Era una historia completamente distinta… Muy distinta.

18 | EL EVANGELIO PERDIDO

El texto era profundamente perturbador. No contenía el tono solemne ni la exaltación espiritual que caracterizaban a los relatos conocidos sobre la resurrección. No hablaba de gloria, ni de revelación divina, ni de un triunfo luminoso sobre la muerte. En lugar de eso, el manuscrito transmitía algo muy distinto: incertidumbre, inquietud… y, sobre todo, miedo.

A medida que Adrián avanzaba en la lectura, comprendía que el autor —ese misterioso Jacobo el Testigo— no estaba escribiendo para convencer a nadie de una verdad teológica. El tono del relato tenía más bien la crudeza de una confesión. Era la narración de alguien que había presenciado algo que nunca había logrado comprender del todo, algo que lo había marcado profundamente y que, aun décadas después, seguía pesando sobre su conciencia.

Las primeras páginas describían los días posteriores a la crucifixión. El cuerpo había sido colocado en la tumba, sellado según las costumbres funerarias de la época. Los discípulos, derrotados y aterrorizados, se habían dispersado por la ciudad, convencidos de que todo había terminado.

Pero el manuscrito describía un momento que no aparecía en ninguno de los evangelios conocidos. El momento exacto en que el hombre al que habían enterrado abrió los ojos.

Jacobo relataba cómo varios de los discípulos habían regresado a la tumba durante la noche, incapaces de aceptar la muerte de aquel a quien habían seguido durante años. Allí, en la penumbra del sepulcro, ocurrió algo que al principio interpretaron como un milagro.

El cuerpo se movió…Los párpados se levantaron lentamente y el hombre que habían enterrado volvió a respirar.

Durante unos instantes, el manuscrito describía la escena con un tono cercano al asombro. Los discípulos pensaron que estaban presenciando la intervención directa de Dios. Algunos cayeron de rodillas. Otros lloraron. Habían esperado una señal, una confirmación de que todo aquello tenía un propósito.

Pero según el relato, algo cambió cuando el hombre comenzó a hablar. Las palabras que pronunció no fueron las que ellos esperaban escuchar.

Adrián pasó lentamente la página y leyó una línea en voz alta, casi sin darse cuenta.

—"Caminé donde la luz no llega… y vi lo que habita detrás de la muerte."

La frase quedó suspendida en el silencio de la sala.

Elena levantó la mirada hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Qué significa eso?

Adrián no respondió de inmediato. Sus ojos seguían recorriendo el texto con una concentración cada vez más intensa. Cuanto más avanzaba en la lectura, más inquietante se volvía el relato.

Las líneas siguientes parecían describir la experiencia del hombre durante los tres días en los que había permanecido muerto. Pero aquello no se parecía en nada a una visión celestial.

No hablaba de luz divina ni de la presencia de Dios. Hablaba de oscuridad, de algo que existía más allá de la frontera de la vida.

Adrián siguió leyendo en voz baja, traduciendo mentalmente el arameo antiguo. De pronto se detuvo en otra frase.

Cuando la pronunció, el aire de la sala pareció volverse más denso.

—«Y cuando regresé…»

Hizo una pausa involuntaria antes de continuar.

—«…algo me siguió».

El silencio que siguió fue largo.

El cardenal Rinaldi observaba el manuscrito con una expresión grave, como si aquellas palabras no fueran una sorpresa para él.

Finalmente extendió la mano y cerró el pergamino con una lentitud casi ceremonial.

—Por eso lo durmieron —dijo.

Elena lo miró con desconcierto.

—¿Dormirlo?

Rinaldi asintió con serenidad.

—Hierbas —explicó—. Narcóticos muy potentes. Sustancias capaces de inducir un estado de letargo profundo durante largos periodos.

Adrián sintió cómo su mente comenzaba a reorganizar las piezas de la historia.

La tumba, el relato del guardián. Las referencias a que no podían matarlo, la decisión de «dormirlo».

De repente, todo empezó a encajar de una manera inquietante.

Levantó lentamente la mirada hacia el cardenal.

—Entonces… —murmuró— no murió en la tumba.

Rinaldi negó con la cabeza.

—No.

La respuesta fue simple, casi tranquila. Pero su significado era devastador.

Adrián sintió un extraño vértigo al comprender lo que aquello implicaba. Durante dos mil años, el mundo había construido su historia, su fe y su cultura alrededor de una narrativa concreta. Una narrativa que tal vez nunca había ocurrido de la forma en que se contaba.

Sus labios se movieron casi sin sonido cuando finalmente pronunció la conclusión inevitable.

—Lo enterraron vivo.

Era algo más ambiguo, más oscuro, más difícil de comprender.

19 | LA ADVERTENCIA DE LOS APÓSTOLES

El manuscrito contenía una última página. A diferencia del resto del texto, cuya escritura era cuidadosa y relativamente uniforme, aquella página final presentaba un aspecto distinto. La tinta estaba más oscura, como si hubiera sido aplicada con mayor presión, y las líneas aparecían ligeramente irregulares, inclinadas en algunos puntos. No era la caligrafía pausada de alguien que escribe para la posteridad, sino el trazo nervioso de una mano apresurada.

Había algo en aquella página que transmitía urgencia. O miedo.

Adrián lo notó en cuanto acercó el manuscrito a la luz de la lámpara. Las fibras del pergamino parecían más tensas, como si el documento hubiera sido cerrado con prisa después de escribir aquellas últimas palabras. Durante un instante permaneció en silencio, observando las líneas finales antes de leerlas en voz alta.

Cuando finalmente habló, lo hizo con una lentitud casi involuntaria.

—"No es su cuerpo lo que tememos."

Las palabras quedaron suspendidas en la sala como una advertencia llegada desde otro tiempo.

Adrián se detuvo, durante un segundo pensó en no continuar. Pero sus ojos ya habían encontrado la línea siguiente.

Respiró hondo y siguió leyendo.

—"Es lo que vio cuando cruzó el umbral."

El silencio que siguió fue aún más profundo que antes.

Elena se llevó una mano al cabello, apartándolo del rostro con un gesto nervioso. Había escuchado suficientes teorías extrañas durante

su carrera científica, pero aquello comenzaba a moverse en un terreno completamente distinto.

—Esto no tiene sentido —dijo finalmente.

Su voz intentaba sonar racional, pero la tensión era evidente.

Adrián no respondió.

No porque no tuviera una respuesta, sino porque su mente estaba ocupada con otra idea que acababa de abrirse paso entre todos los fragmentos de información que habían descubierto durante las últimas horas.

El manuscrito, la historia del guardián. El relato del evangelio perdido.

Y, sobre todo, la grabación de la cámara.

La imagen volvió a aparecer con claridad en su memoria: el momento en que el hombre se incorporaba lentamente dentro del sarcófago, giraba la cabeza hacia el objetivo de la cámara y sonreía.

Aquella sonrisa no había sido una expresión de confusión ni de sorpresa. Había sido algo distinto. Algo… consciente.

Adrián sintió un escalofrío al comprender lo que aquello podía significar. Si el cuerpo había abandonado la cámara subterránea… entonces estaba en algún lugar del Vaticano. En alguno de los innumerables pasillos, criptas o galerías que atravesaban el subsuelo de la ciudad sagrada.

Pero mientras ese pensamiento se formaba, otro aún más inquietante apareció inmediatamente después. Quizá no estaba allí, quizá había encontrado una salida o quizá, en aquel mismo momento, caminaba en algún lugar mucho más lejos.

Adrián levantó lentamente la mirada del manuscrito y la dirigió hacia el cardenal Rinaldi.

Durante unos segundos dudó en formular la pregunta.

Pero finalmente lo hizo.

—¿Y si lo que lo siguió… también regresó?

La mirada de Rinaldi no se movió. El cardenal lo observó fijamente, con una expresión que Adrián no había visto antes en él. No era miedo exactamente. Era algo más antiguo, más profundo.

La expresión de un hombre que había dedicado toda su vida a custodiar un secreto. Un secreto que, en el fondo, siempre había

temido ver confirmado.

Durante un largo instante nadie habló. Finalmente, Rinaldi inhaló lentamente. Cuando respondió, su voz fue baja, grave y cargada de una resignación que parecía provenir de muy lejos en el tiempo.

—Entonces —dijo con calma, haciendo una breve pausa antes de terminar la frase—, acabamos de abrir la puerta equivocada.

20 | EL DESPERTAR

El Vaticano amaneció bajo una tensión que nadie recordaba haber sentido antes. Desde las primeras horas de la mañana, los pasillos interiores estaban llenos de actividad. Miembros de la Guardia Suiza se desplazaban con rapidez entre los edificios administrativos, y varias zonas normalmente abiertas al personal habían sido cerradas sin explicaciones. Las puertas blindadas se aseguraban una tras otra y los sistemas de seguridad se activaban en niveles que rara vez se utilizaban.

Los teléfonos de las oficinas administrativas no dejaban de sonar. Secretarios, monseñores y funcionarios intercambiaban mensajes en voz baja, intentando comprender qué había ocurrido exactamente durante la noche. Oficialmente no se había emitido ninguna declaración, pero el suicidio del padre Matteo en la plaza había sido imposible de ocultar del todo.

Algo grave estaba sucediendo y todos lo sabían. Mientras tanto, a decenas de metros bajo tierra, Adrián avanzaba por uno de los corredores subterráneos que conectaban con las antiguas criptas situadas bajo Basílica de San Pedro. A su lado caminaba la doctora Varga.

Las lámparas portátiles proyectaban haces de luz amarillenta sobre los muros de piedra. El aire era frío y denso, cargado con el olor a polvo antiguo y humedad que caracterizaba a aquellas galerías olvidadas.

El silencio era casi absoluto.

—¿De verdad crees que sigue aquí abajo? —preguntó Elena finalmente.

Su voz resonó suavemente en el túnel.

Adrián no respondió de inmediato. En su mente seguía presente la imagen que había visto minutos antes…La huella. Una huella clara sobre la capa de polvo acumulada en el suelo del pasillo. Un pie descalzo, demasiado reciente, demasiado humano.

Si aquel hombre había salido del sarcófago… entonces había abandonado la cámara subterránea por sus propios medios y había caminado por aquellos túneles.

Adrián iluminó el suelo con su linterna mientras avanzaban.

—No lo sé —dijo finalmente—. Pero si salió por los túneles… alguien debería haberlo visto.

Elena iba a responder, pero no tuvo tiempo. En ese momento apareció un guardia corriendo desde el extremo opuesto del corredor. Sus pasos resonaban con fuerza contra la piedra mientras avanzaba hacia ellos.

Cuando llegó a su altura, estaba visiblemente agitado.

—¡Lo hemos encontrado!

Adrián sintió un golpe de adrenalina recorrerle el cuerpo.

—¿Dónde?

El guardia intentó recuperar el aliento antes de responder.

—En la cripta antigua.

Los tres comenzaron a moverse inmediatamente. Atravesaron varios pasillos más estrechos, descendieron una escalera irregular tallada en roca y cruzaron una puerta arqueada que parecía pertenecer a una estructura mucho más antigua que el resto del complejo subterráneo.

Llegaron minutos después. La cámara era amplia y baja, sostenida por columnas de piedra erosionadas por el paso del tiempo. Varias lámparas portátiles habían sido colocadas alrededor de la sala, iluminando el lugar con una luz irregular que hacía que las sombras se movieran sobre las paredes.

Tres guardias permanecían allí. Ninguno hablaba, todos miraban hacia el mismo punto.

Adrián y Elena siguieron sus miradas…Y entonces lo vieron. Estaba sentado en el suelo. Con la espalda apoyada contra un muro de piedra que llevaba siglos enterrado bajo el Vaticano.

Sus manos descansaban sobre las rodillas. Su postura era tranquila, casi contemplativa. Parecía haber estado esperando, durante un instante nadie dijo nada.

El hombre levantó lentamente la cabeza cuando escuchó los pasos entrando en la cámara. Sus ojos se encontraron con los de Adrián, eran oscuros, profundos.

Pero había algo en ellos que resultaba difícil de describir…Algo antiguo. Algo que no parecía pertenecer a ninguna época reciente. Y lo más inquietante de todo era una certeza imposible de ignorar.

Estaban completamente despiertos.

21 | LA PRIMERA CONVERSACIÓN

El silencio era tan profundo que Adrián podía escuchar su propio pulso resonando en sus oídos. La cámara subterránea parecía haberse detenido en el tiempo. Incluso el leve zumbido de las lámparas portátiles parecía demasiado fuerte en aquel momento.

El hombre sentado contra el muro de piedra observaba a todos con una calma extraña. No parecía confundido, tampoco parecía asustado.

Tampoco mostraba la reacción que cualquiera esperaría de alguien que despertara en un lugar desconocido, rodeado de personas extrañas y bajo tierra.

Su mirada recorría lentamente los rostros de los presentes, como si estuviera estudiándolos. Como si estuviera recordando algo.

Finalmente habló...Su voz era baja.

Las palabras salieron lentamente, arrastradas por una garganta que parecía no haber sido utilizada en siglos.

—¿Cuánto tiempo…?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Nadie se movió, nadie respiró con normalidad.

El cardenal Vittorio Rinaldi fue el primero en reaccionar.

Dio un paso al frente, manteniendo una distancia prudente del hombre.

—Casi dos mil años.

La respuesta resonó con una claridad inquietante en la cámara.

El hombre permaneció inmóvil unos segundos, luego cerró los ojos. Su rostro no mostró sorpresa. No hubo incredulidad ni negación.

Solo una expresión que Adrián no esperaba ver…Cansancio.

Un cansancio profundo, como el de alguien que lleva demasiado tiempo cargando con algo que nunca quiso llevar.

—Entonces… —murmuró el hombre— el mundo cambió.

Adrián sintió que algo en su interior se movía. Aquella frase, pronunciada con tanta naturalidad, tenía un peso enorme.

No pudo evitar responder.

—Sí.

El hombre abrió los ojos nuevamente.

Su mirada se posó directamente en Adrián. Era una mirada intensa, penetrante, pero al mismo tiempo tranquila. No había hostilidad en ella.

Solo una curiosidad silenciosa.

—¿Y vosotros… me despertasteis?

Nadie respondió, pero el silencio fue suficiente.

La respuesta estaba en la habitación y el hombre lo entendió. Sus hombros descendieron levemente, como si hubiera aceptado algo inevitable.

Soltó un suspiro largo y profundo.

—No debisteis hacerlo.

Las palabras no sonaron como una amenaza mas bien sonaron como una advertencia.

Elena fue la siguiente en hablar, su voz era más firme de lo que se sentía.

—¿Por qué?

El hombre giró lentamente la cabeza hacia ella. Sus ojos la observaron con atención durante unos segundos.

Y durante un breve instante su expresión cambió. Hubo algo en ella que parecía… compasión. Una compasión triste. Como si estuviera mirando a personas que caminaban hacia algo que no comprendían.

Finalmente respondió.

—Porque…

Se detuvo.

Su mirada se perdió un instante en la oscuridad de la cámara, como si recordara algo que nadie más podía ver.

Luego volvió a mirarlos.

—Porque no regresé solo.

En ese momento, un frío inexplicable recorrió la habitación. No fue una sensación psicológica…Fue real.

Las lámparas temblaron ligeramente, el aire pareció volverse más pesado.

Y por primera vez desde que lo habían encontrado…

el hombre levantó la vista hacia la oscuridad del túnel detrás de ellos.

22 | EL DESCANSO DEL DURMIENTE

La segunda conversación con el hombre se produjo varias horas después de que los médicos terminaran de examinarlo.

Habían decidido trasladarlo de nuevo a la cámara donde había sido encontrado. No era una celda en sentido estricto, pero era el lugar más aislado y controlable del complejo subterráneo bajo La Basílica de San Pedro. Las paredes de piedra tenían casi dos mil años y el único acceso era un túnel estrecho que podía sellarse fácilmente.

El hombre parecía agotado. Durante toda la tarde había respondido a las preguntas con una calma extraña, pero su voz se había vuelto cada vez más lenta, más pesada, como si hablar le costara un esfuerzo enorme.

Adrián fue el último en entrar en la cámara.

El hombre estaba sentado en el borde del sarcófago abierto, observando la oscuridad de la bóveda de piedra como si estuviera recordando algo muy lejano.

Cuando Adrián se acercó, el hombre levantó lentamente la mirada.

—Necesito descansar.

La frase fue pronunciada con absoluta serenidad. No era una petición…Era una simple afirmación.

El cardenal Rinaldi intercambió una mirada con la doctora Varga.

—¿Quieres volver ahí? —preguntó Adrián, señalando el interior del sarcófago.

El hombre asintió.

—Es donde dormí.

Durante un momento nadie supo qué decir.

Finalmente, el cardenal habló.

—Dejadlo.

El hombre se levantó lentamente. Sus movimientos seguían siendo torpes, como si el cuerpo todavía estuviera aprendiendo a obedecer a la mente después de siglos de quietud. Caminó hasta el sarcófago con pasos lentos, casi ceremoniales.

Se detuvo frente a él y pasó la mano por la piedra negra. Sus dedos recorrieron las inscripciones en arameo como si estuviera reconociendo palabras escritas por alguien a quien había conocido hace mucho tiempo.

Luego se tumbó dentro y colocó las manos sobre el pecho, cerró los ojos. Su respiración se hizo profunda y tranquila. Y en cuestión de segundos pareció volver al mismo estado de sueño profundo en el que lo habían encontrado.

El silencio en la cámara era absoluto.

El cardenal Rinaldi se volvió hacia los guardias.

—Sellad la cripta.

Adrián frunció el ceño.

—¿Sellarla?

—Sí —respondió el cardenal con voz firme—. Si ese hombre necesita dormir, dormirá aquí. Y nosotros observaremos.

Las puertas de acero fueron instaladas en menos de una hora. Cámaras de vigilancia, sensores térmicos, monitores biométricos. Todo conectado a la sala de control del laboratorio.

El plan era simple. Si el hombre volvía a despertarse, lo sabrían inmediatamente.

Y esta vez estarían preparados.

Esa misma noche…

La sala de vigilancia estaba completamente a oscuras excepto por la luz azul del monitor. Adrián llevaba más de una hora revisando las grabaciones de las cámaras instaladas en la cámara subterránea.

Nada parecía fuera de lo normal el cuerpo seguía inmóvil dentro del sarcófago. Respiraba lentamente, los monitores médicos mostraban un ritmo constante.

Adrián se frotó los ojos cansados y adelantó la grabación varias horas…Entonces algo cambió.

El cuerpo se sentó, el movimiento fue lento. Demasiado lento. Como si cada músculo estuviera despertando después de siglos de inmovilidad.

Adrián se inclinó hacia la pantalla. El hombre permaneció sentado durante casi un minuto. Completamente quieto con los ojos abiertos y entonces ocurrió algo peor.

Giró la cabeza directamente hacia la cámara. Adrián sintió un escalofrío recorrerle la espalda. El hombre en la pantalla parecía mirarlo, no a la cámara… A él.

Como si supiera exactamente quién estaba observando.

La grabación continuó y el hombre volvió a tumbarse lentamente dentro del sarcófago.

Adrián retrocedió en la silla e intentó convencerse de que estaba interpretando mal la imagen. Entonces ocurrió algo que hizo que el aire desapareciera de sus pulmones.

En el monitor apareció una línea nueva en los registros biométricos…Actividad cerebral, pero no era actividad normal. El patrón parecía corresponder a alguien que estaba despierto.

Adrián levantó lentamente la mirada del monitor y en ese momento escuchó un sonido detrás de él… Un susurro muy suave.

Como si alguien hubiera hablado justo a su espalda.

—Te veo.

Adrián se giró de golpe y la sala estaba vacía. Pero en el monitor, la imagen del sarcófago había cambiado. Los ojos del hombre estaban abiertos otra vez.

23 | EL OBSERVADOR

El cardenal Vittorio Rinaldi escuchó la grabación tres veces seguidas. La primera vez permaneció completamente inmóvil, con los ojos fijos en el pequeño altavoz de la sala de control mientras la voz distorsionada se reproducía en el silencio.

La segunda vez cerró los ojos y la tercera vez apoyó ambas manos sobre la mesa, como si necesitara sostenerse.

Cuando la grabación terminó, algo en su rostro había cambiado… Parecía más viejo.

Las arrugas alrededor de sus ojos se habían marcado profundamente y su mirada había adquirido el peso de alguien que llevaba demasiado tiempo cargando con un secreto.

Adrián fue el primero en hablar.

—Hay algo que no nos habéis contado.

El cardenal no respondió de inmediato. Durante unos segundos el único sonido en la sala fue el zumbido bajo de los equipos electrónicos. Elena observaba en silencio desde el otro lado de la mesa, con los brazos cruzados.

Finalmente, Rinaldi se levantó y caminó hasta un armario metálico empotrado en la pared y lo abrió con una llave pequeña que llevaba colgada en una cadena bajo la sotana.

Sacó una carpeta… Era gruesa. De color rojo oscuro en la portada había un símbolo antiguo grabado en tinta negra: una cruz rodeada por un círculo incompleto, atravesado por una línea vertical.

No era un emblema oficial de la Iglesia.

Adrián nunca lo había visto.

El cardenal volvió a la mesa y colocó la carpeta frente a ellos.

—La tumba —dijo lentamente— no se construyó para honrarlo.

Adrián ya lo sospechaba…Las capas de oro, las advertencias en arameo. Las inscripciones que parecían suplicar que nadie rompiera el sello.

Todo había apuntado en la misma dirección desde el principio.

—Se construyó para contenerlo —dijo Adrián.

Rinaldi asintió, el gesto fue lento, pesado.

—Durante siglos —continuó el cardenal— el Vaticano mantuvo una orden secreta encargada de vigilar esa tumba.

Elena frunció el ceño.

—¿Una orden?

Rinaldi abrió la carpeta.

Dentro había documentos escritos en distintos siglos. Algunos eran pergaminos antiguos, otros informes mecanografiados más modernos. Había registros, diagramas, transcripciones de observaciones.

Adrián alcanzó a leer uno de los encabezados:

Custodia Sepulchri — Registro de vigilancia

—¿Por qué? —preguntó Elena.

El cardenal levantó la mirada y respondió con una sola frase.

—Porque cada cierto tiempo… se movía.

El silencio que siguió fue denso.

Adrián sintió cómo la piel de sus brazos se erizaba lentamente.

—¿Estás diciendo que… ya había despertado antes?

Rinaldi negó con la cabeza.

—No completamente.

Pasó una página del archivo y había un informe fechado en el siglo XIV, luego otro del siglo XVII, luego uno más del siglo XIX.

Todos describían lo mismo…Pequeños cambios.

Desplazamientos imperceptibles en la tapa del sarcófago, alteraciones en los sellos.

Sonidos escuchados por los monjes que vigilaban las criptas.

—Pero lo suficiente —continuó el cardenal— para recordarnos que estaba allí.

Adrián sintió un nudo formarse en su estómago.

La idea era mucho peor de lo que había imaginado.

—Entonces… —dijo lentamente— sabíais que estaba vivo.

Rinaldi lo miró fijamente y durante unos segundos no respondió. Luego corrigió sus palabras.

—Sabíamos… que no estaba muerto.

El silencio volvió a caer sobre la sala. Pero Adrián comprendió algo más en ese momento. Algo que no estaba escrito en ningún documento.

Si aquello llevaba ocurriendo durante siglos… entonces el sarcófago no había sido abierto por error.

Había sido abierto en el momento exacto en que él estaba despertando.

24 | LAS MENTES ABIERTAS

La primera señal apareció cuarenta y ocho horas después de que la cripta fuera sellada nuevamente bajo La Basilica de San Pedro. Al principio nadie quiso darle demasiada importancia.

En un lugar como el Vaticano, donde la presión, el secreto y la tensión podían afectar fácilmente a cualquiera, los comportamientos extraños no eran del todo inusuales.

Sin embargo, aquello empezó como algo tan sutil que nadie sospechó lo que realmente significaba.

Uno de los guardias suizos asignados al turno de vigilancia nocturna comenzó a comportarse de manera peculiar. Durante horas permanecía sentado frente a los monitores de la sala de control sin hablar con nadie.

No respondía a las conversaciones por radio, no revisaba los otros sistemas de seguridad.

Simplemente observaba una única pantalla la que mostraba el interior de la cripta. La cámara enfocaba el sarcófago de piedra negra…Dentro, el hombre permanecía inmóvil, respirando, dormido. O al menos eso parecía.

Cuando otro guardia entró en la sala para relevarlo al final de su turno, lo encontró sentado exactamente en la misma posición en la que había estado cuatro horas antes. Los ojos completamente abiertos sin parpadear.

—¿Todo bien? —preguntó el relevo.

El hombre no respondió ni siquiera pareció escuchar la pregunta.

Solo levantó lentamente una mano y señaló la pantalla.

—Está soñando.

El relevo frunció el ceño.

—¿Quién?

—El durmiente.

El segundo guardia miró la pantalla y la imagen no mostraba nada extraño.

El hombre dentro del sarcófago seguía exactamente igual que siempre.

Respiración lenta.

Rostro inmóvil.

—Solo está dormido —respondió.

Pero el primero negó lentamente con la cabeza.

Su expresión tenía algo inquietante.

Algo casi hipnótico.

—No… —susurró—. Está soñando.

El relevo empezó a sentirse incómodo.

—¿Cómo lo sabes?

El guardia tardó varios segundos en responder. Parecía buscar las palabras dentro de una mente que ya no estaba completamente presente.

Finalmente habló.

—Porque yo estaba allí.

El silencio cayó sobre la sala.

—¿Dónde?

El hombre parpadeó lentamente. Su mirada seguía fija en la pantalla.

—En su sueño.

Aquella misma noche fue trasladado al hospital del Vaticano. Los médicos realizaron todas las pruebas posibles, resonancias, análisis neurológicos, pruebas de actividad cerebral.

No encontraron lesiones, no había signos de daño cerebral, intoxicación ni trauma físico.

Pero el guardia repetía constantemente la misma frase una y otra vez.

Como un mensaje grabado en bucle dentro de su mente.

—La puerta está abierta.

No fue el único.

En las horas siguientes, tres técnicos que habían estado revisando las grabaciones de la cripta comenzaron a reportar exactamente el mismo sueño. No se conocían entre ellos, no habían hablado entre sí. Pero todos describieron la misma escena.

Una llanura negra infinita sin cielo sin suelo visible. Solo una oscuridad absoluta extendiéndose hasta el horizonte.

Y en la distancia…algo gigantesco moviéndose lentamente.

Ninguno de ellos pudo describir su forma, no tenía contornos claros, no tenía rostro.

Pero todos coincidían en una sensación imposible de ignorar…Algo los estaba mirando.

No con ojos, con conciencia.

La doctora Elena Varga revisó los registros neurológicos de los tres hombres con creciente inquietud. Los gráficos de actividad cerebral aparecían en varias pantallas frente a ella.

Al principio pensó que se trataba de un error del sistema. Pero después de revisar los datos varias veces comprendió que no lo era.

Las ondas cerebrales de los tres pacientes mostraban exactamente el mismo patrón. No solo parecido sino idéntico, perfectamente sincronizado.

Como si hubieran compartido una única experiencia mental.

Como si tres mentes distintas hubieran estado conectadas al mismo sueño.

Elena se apartó lentamente del monitor.

—Esto no es posible…

Adrián observó los gráficos en silencio durante varios segundos. Su mente estaba intentando conectar demasiadas piezas al mismo tiempo.

El sarcófago, las advertencias en arameo, las palabras del hombre cuando despertó.

«No regresé solo».

Adrián finalmente habló.

—Esto no es un sueño.

Elena levantó la mirada.

—Entonces ¿qué es?

Adrián tardó varios segundos en responder.

Cuando finalmente habló, su voz era más baja. Como si acabara de comprender algo que no quería aceptar.

—Creo… —dijo lentamente— que estamos viendo lo que él vio cuando murió.

Elena frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Adrián volvió a mirar los gráficos sincronizados. Luego miró la pantalla que mostraba al hombre dormido dentro del sarcófago respirando, soñando.

Y dijo algo que hizo que el aire de la sala pareciera enfriarse varios grados.

—Creo que su mente no está soñando.

Hizo una pausa.

—Creo que está recordando.

25 | LA MEMORIA DEL ABISMO

Esa noche Adrián regresó solo a la sala de vigilancia. El complejo subterráneo bajo La Basílica de San Pedro estaba casi en silencio. A aquellas horas los pasillos quedaban prácticamente vacíos, y los pocos guardias que permanecían de servicio hablaban en voz baja por las radios internas.

La cripta seguía sellada, las puertas blindadas permanecían cerradas, los sensores de movimiento estaban activos, las cámaras continuaban transmitiendo. Y el sarcófago seguía en su lugar, pero había algo que no encajaba.

Algo que Adrián no podía quitarse de la cabeza desde que había revisado los registros médicos unas horas antes. Los monitores cerebrales del durmiente estaban mostrando una actividad anormal.

No era el patrón de alguien dormido. Tampoco era el de alguien despierto, era demasiado intenso, demasiado complejo.

Adrián amplió los gráficos en la pantalla. Las ondas neuronales aparecieron ampliadas en el monitor principal.

Las líneas se extendían en ciclos extraños, ramificándose en patrones que no correspondían a ningún estado neurológico documentado.

No era caos había una estructura tenia una lógica. Pero parecía demasiado vasta. Como si la mente del hombre estuviera intentando procesar algo imposible de contener dentro de un cerebro humano.

Adrián murmuró:

—¿Qué estás haciendo…?

Entonces ocurrió el primer movimiento. La cámara captó algo casi imperceptible. Los dedos del durmiente se tensaron ligeramente

sobre su pecho.

Fue un gesto mínimo pero suficiente para activar varios sensores. Un segundo después sucedió algo más inquietante. Los sensores térmicos comenzaron a parpadear en rojo.

Temperatura interna: aumento súbito.

Adrián se inclinó hacia la pantalla.

El corazón comenzó a latirle con fuerza.

—No… no…

Los números seguían subiendo, no era fiebre…Era otra cosa.

Parecía más bien una reacción energética, como si su cuerpo estuviera generando calor desde dentro.

Entonces los ojos del hombre se abrieron m0uy lentamente. Pero esta vez no miraban a la cámara, ni a las paredes, ni al sarcófago.

Miraban hacia arriba…Hacia la bóveda de piedra de la cripta. Como si estuviera observando algo suspendido sobre él. Algo que nadie más podía ver.

Los monitores empezaron a emitir una serie de pitidos irregulares.

Actividad cerebral: máxima.

Adrián susurró para sí mismo:

—¿Qué estás viendo?

En ese momento el sistema de audio captó un sonido…Un sonido extremadamente débil, casi un susurro.

La señal apareció en la consola y Adrián abrió inmediatamente el canal, era una palabra. Solo una pronunciada en arameo.

Adrián tardó unos segundos en reconocerla.

Pero cuando lo hizo, sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Porque la palabra era simple.

Y aterradoramente clara.

—Recuerdo.

En ese mismo instante ocurrió algo imposible. Todas las pantallas de la sala de control se apagaron simultáneamente. El zumbido de los servidores se detuvo. Las luces parpadearon y la sala quedó sumida en una oscuridad total.

Adrián se levantó de golpe.

—¿Qué demonios…?

Diez segundos después la electricidad volvió y las pantallas se encendieron una por una.

Primero los sistemas, luego las cámaras y finalmente la transmisión de la cripta.

La imagen apareció con interferencias durante un segundo. Luego se estabilizó.

Adrián sintió que el estómago se le contraía porque algo había cambiado. Algo fundamental.

El sarcófago seguía allí la tapa seguía abierta.

Las cámaras seguían apuntando al mismo lugar.

Pero el interior estaba vacío.

El durmiente ya no estaba.

26 | LA VERDAD

Adrián llevaba ya tres noches sin dormir, en la mesa de su pequeño apartamento estaba cubierta de documentos, fotografías y notas escritas a mano. En el centro de todo permanecía abierto el Documento 731, el mismo archivo que el cardenal le había mostrado en los archivos del Vaticano y que, antes de que todo fuera confiscado, había logrado copiar parcialmente.

A su alrededor había imágenes del sarcófago negro. Las capas de oro, las inscripciones en arameo. Las grabaciones recuperadas del sistema de vigilancia bajo La Basílica de San Pedro.

Pero algo no encajaba.

Algo llevaba días molestándole en el fondo de la mente como una pieza de un rompecabezas que se resiste a entrar en su lugar.

Las inscripciones…Adrián volvió a leerlas por enésima vez. Las había traducido palabra por palabra analizado cada símbolo, cada variación gramatical, cada posible interpretación.

La primera capa hablaba de un hombre que caminó entre los hombres.

La segunda hablaba de su muerte.

La tercera decía algo que nadie parecía haber cuestionado realmente:

"Los que lo amaban fueron también los que lo sellaron."

Adrián cerró los ojos…Los que lo amaban.

Los apóstoles, eso significaba algo que durante siglos nadie había querido considerar.

Ellos habían sido quienes decidieron encerrarlo, no sus enemigos, ni los romanos, ni las autoridades religiosas sino sus propios seguidores.

Adrián sintió un escalofrío recorrerle la espalda porque eso significaba que no lo habían hecho para protegerlo. Lo habían hecho por miedo a él.

Volvió entonces a la última capa…La advertencia final.

La frase que desde el principio le había resultado inquietante:

"Porque cuando el durmiente despierte recordará aquello que vio más allá de la muerte."

Adrián apoyó las manos sobre la mesa y en ese momento comprendió algo que hasta entonces nadie había considerado. Quizá el problema no era lo que había regresado sino era dónde había estado.

Se levantó rápidamente y abrió el portátil cargó la grabación de la cámara subterránea y avanzó hasta el instante exacto en que el hombre abría los ojos dentro de la cripta.

Pausa.

Ampliación, el rostro ocupó toda la pantalla.

Adrián observó detenidamente y entonces vio algo que antes había pasado por alto.

Los ojos…No reflejaban miedo, no reflejaban confusión.

Reflejaban reconocimiento, como si ya hubiera visto ese mundo antes, como si ya recordara haber estado allí.

Adrián sintió que el corazón comenzaba a latir más rápido.

Recordó entonces las palabras que el hombre había pronunciado cuando despertó:

—No regresé solo.

Durante horas Adrián revisó textos antiguos, evangelios apócrifos, fragmentos de manuscritos olvidados, documentos que nunca habían sido aceptados por la doctrina oficial y finalmente encontró algo.

Una línea perdida en un fragmento del Evangelio de Tomás.

Una frase que nunca había entendido realmente.

"El que ha visto al Padre y al Abismo no volverá siendo el mismo."

Adrián se quedó completamente inmóvil.

El abismo.

Si aquel hombre realmente había estado muerto durante tres días… entonces había cruzado al otro lado.

Pero si había regresado…quizá algo lo había seguido.

Adrián cerró el portátil lentamente y en ese momento comprendió por qué los apóstoles lo habían encerrado. Por qué habían ocultado la verdad durante dos mil años, no habían sellado un milagro. Habían sellado una puerta.

Aquella misma noche Adrián caminaba por una calle casi vacía, el aire era frío. La ciudad estaba en silencio. Las luces de las farolas dibujaban sombras largas sobre el asfalto húmedo.

No había dejado de pensar en las palabras registradas en la grabación.

Ya no estoy dormido.

Mientras caminaba, tuvo la extraña sensación de que alguien lo seguía y se detuvo miró hacia atrás y la calle estaba vacía.

Exhaló lentamente y siguió caminando y entonces escuchó una voz muy cerca…demasiado cerca.

—Adrián.

Se giró bruscamente y un hombre estaba de pie al otro lado de la calle. Al principio no pudo distinguir bien su rostro. Solo una silueta bajo la penumbra.

La figura comenzó a acercarse lentamente bajo la luz de una farola. Adrián sintió que el aire desaparecía de sus pulmones.

Las heridas en las manos.

La marca profunda en el costado.

Y aquellos ojos antiguos inmensamente cansados.

El hombre se detuvo frente a él.

Durante unos segundos ninguno habló.

Finalmente Adrián consiguió formular la pregunta que llevaba días persiguiéndolo.

—¿Quién eres?

El hombre lo miró con una tristeza profunda.

Luego respondió con voz suave.

—Eso depende de quién esté mirando.

Un escalofrío recorrió la espalda de Adrián.

—¿Qué trajiste contigo?

El hombre levantó lentamente la mirada hacia el cielo nocturno y sonrió. Pero era una sonrisa imposible de interpretar, ni amable, ni

cruel.

Algo mucho más antiguo.

—La verdad.

Adrián sintió que algo cambiaba en el aire como si el mundo entero acabara de desplazarse ligeramente fuera de su lugar.

Entonces el hombre añadió algo más.

Algo que Adrián nunca olvidaría.

—Y cuando los hombres la conozcan…

hizo una pausa.

—desearán no haberme despertado.

27 | EPILOGO

Tres semanas después del incidente, el Vaticano negó oficialmente que las excavaciones hubieran encontrado nada relevante. Un breve comunicado habló de errores técnicos, de restos arquitectónicos sin valor histórico y de una excavación que había sido cancelada por motivos de seguridad estructural bajo La Basílica de San Pedro.

Para el mundo, el asunto murió allí. La cámara subterránea fue sellada, el sarcófago desapareció. Todos los registros médicos fueron confiscados.

Los técnicos que habían trabajado en la instalación fueron trasladados a otros departamentos. Los pocos testigos que quedaban firmaron documentos de confidencialidad tan estrictos que violarlos supondría el fin de sus carreras… y probablemente algo más.

Oficialmente, nada había ocurrido.

Pero Adrián sabía que todo eso era mentira porque había visto demasiado. Y porque había conseguido salvar algo antes de que el Vaticano cerrara el acceso a los servidores.

Una copia…Una sola grabación.

La última.

Aquella noche, en su apartamento, volvió a abrir el archivo por última vez. La pantalla del portátil iluminaba débilmente la habitación. Afuera, la ciudad estaba en silencio. La cámara del sarcófago seguía grabando incluso después de que el lugar fuera evacuado.

Durante casi seis horas no ocurrió nada la habitación permanecía vacía, oscura, silenciosa. Las luces de emergencia proyectaban sombras inmóviles sobre las paredes de piedra.

Adrián observó la grabación en completo silencio.

Entonces algo cambió, el sarcófago apareció en la imagen. Pero ya no estaba en el centro de la sala, estaba desplazado varios metros. Y estaba abierto, completamente vacío.

Adrián sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Rebobinó la grabación, una vez, luego otra. Intentando encontrar el momento exacto en el que el hombre había salido. Pero no había ningún corte. Ningún movimiento visible.

Era como si simplemente hubiera desaparecido entre un fotograma y el siguiente.

Pero lo peor no fue eso. Lo peor fue lo que descubrió al analizar el audio.

Durante los últimos segundos de la grabación, la cámara había captado un sonido. Al principio pensó que era interferencia, luego subió el volumen y lo escuchó con claridad… Pasos muy lentos y muy cerca del micrófono.

Como si alguien estuviera caminando frente a la cámara, acercándose.

El sonido se detuvo.

Hubo un silencio de varios segundos.

Y entonces se escuchó una voz muy cerca, susurrando algo en arameo.

Adrián tardó horas en traducirlo.

Cuando finalmente comprendió las palabras, cerró el portátil. Sus manos temblaban.

Y durante varios minutos permaneció sentado en silencio en la oscuridad del apartamento.

Después apagó el ordenador.

Y no volvió a encenderlo jamás.

Porque el mensaje decía:

—Ya no estoy dormido.

Porque algunas tumbas no fueron construidas para encerrar a los muertos, sino para proteger a los vivos



ACERCA DEL AUTOR

Alexis Terrero Villalba nació en Jerez de la Frontera en 1984 y actualmente reside en Rota. A lo largo de su vida ha estado profundamente vinculado al deporte, en especial al fútbol. Ha jugado tanto a fútbol como a fútbol sala durante la mayor parte de su trayectoria, participando también en varios torneos de fútbol playa.

Es entrenador titulado por la RFEF, con licencias UEFA B y UEFA C específicas para porteros, y también cuenta con la formación de monitor de fútbol playa. Además de su vocación deportiva, es Técnico Superior en Radiodiagnóstico.

Su día a día transcurre entre el trabajo, el tiempo dedicado a su familia y los entrenamientos. Apasionado del fútbol base, Alexis ha convertido su amor por este deporte en una forma de vida.

En 2025 se lanza a cumplir su sueño de escribir, y lanzó su primera obra literaria, titulada «En la Mente del Portero», actualmente en Faro de Tinta Servicios Editoriales.

Alexis es un escritor con alma, que es capaz de, con sus palabras, tocar la de los demás.

Faro de Tinta

Servicios Editoriales

@faro_detinta

Otros Títulos del Autor





En Faro de Tinta


Faro de Tinta
Servicios Editoriales
@faro_detinta